

FUGITIVOS DEL OLVIDO

ESCRITO POR JOSÉ MANUEL DE TORRES DOMÍNGUEZ

ATENCIÓN

EL DOCUMENTO PRESENTE A CONTINUACIÓN ESTÁ EN UN ESTADO PRELIMINAR; EL PRODUCTO FINAL PODRÍA CAMBIAR EN EL FUTURO.

ES POSIBLE QUE CONTENIDO ADICIONAL SEA AÑADIDO EN CAPITULOS ANTERIORES PARA CONTRASTAR SUCESOS EN EL PRESENTE, AUNQUE NO SUELE SER LO COMÚN.

PARA MÁS INFORMACIÓN ACERCA DE ESTOS CAMBIOS, COMPRUEBA EL SIGUIENTE ENLACE: [PGN](#)

FUGITIVOS DEL OLVIDO

EDICIÓN ABRIL 2022

ESCRITO POR JOSÉ MANUEL DE TORRES DOMÍNGUEZ

Escrito por José Manuel De Torres Domínguez.

Título cortesía de Santiago Jiménez Cuesta.

Dedicado a aquel anónimo quien me animó a escribir, y del quien no volví a saber nada nunca jamás.

No me esperes, no te estaré esperando.

Í N D I C E

Créditos y Dedicatoria — Página 4

Prólogo — Página 5

Capítulo 1: Nieve Roja — Página 9, 15

Capítulo 2: Gélido Desenlace — Página 16, 20

Capítulo 3: Una Amistad Celeste — Página 20, 33

Capítulo 4: Luces de la Profundidad — Página 34, 52

P R Ó L O G O

Me pregunto cómo se vería el sol en un planeta donde no hay apenas luz.

Donde la vegetación no se apodera de las largas y anchas tierras, translúcidas al pasar por las densas nubes blanquecinas de puro frío y soledad que, poco a poco, engullen la mínima y delicada, aunque detallada y virgen vista que se permite dejar ver entre en las partes más altas de las cumbres de diorita, custodiados por los silbidos del pasajero viento.

Donde árboles ya no pueblan los campos y valles del que, posiblemente, podría haber sido un precioso mundo. Donde el agua es inexistente, reemplazada por una delgada capa de hielo azulado. Donde el único olor distinguible es el conocido y temido olor del miedo, la angustia y la soledad.

Solo una pequeña cima de una gigante montaña parece albergar la memoria perdida de lo que pudo haber sido este sitio en el pasado. Un sitio donde los pocos y calientes rayos de luz pueden escapar de las densas nubes de color carbón que tapan el cielo, infestado de una capa fina de verde hierba y un gran árbol en su centro.

Encontrarme rodeado de estos bellos copos de nieve, que recubren todas las superficies visibles, me produce sentimientos contrarios. Bello y delicado por fuera, pero frío y mortal por dentro.

No estoy particularmente seguro de como he acabado en este sitio, parecido a un sueño interminable del que nadie podría despertar. Solo, no estoy seguro de que alguien pudiera haber entrado aquí.

O por lo menos haber salido.

Sea como sea, si quiero tener alguna posibilidad de poder, si no salir, sobrevivir a este desconocido e intrigante, aunque triste y melancólico lugar, debo moverme. En busca de lo que pueda guiarme a algún lugar seguro, pues de una cosa estoy seguro.

Hace mucho frío.

CAPITULO 1

NIEVE ROJA

Tan pronto como se abrieron las puertas del instituto, salió corriendo de vuelta a su hogar. Era un viernes de diciembre y las clases acababan de terminar recientemente. Sin embargo, no parecía importarle mucho tal hecho.

Acababa de mudarse a una región particularmente conocida por su clima gélido y frío en invierno, aunque caluroso y soleado en el verano. No le supondría un mal mayor, pues ya estaba acostumbrado a tales climas y, de hecho, terminó enamorándose de ellos. Pasaba horas y horas jugando con los copos de nieve que caían poco a poco de las altas nubes al patio de su — ya antigua — casa, formando con ellos grandes castillos y altas torres de nieve.

Comenzó repentinamente a llover, por lo que se apresuró aún más en llegar a casa.

No era muy popular ni tenía un carácter social del que presumir, pero tenía unos pocos buenos amigos, con los que salía por las tardes a jugar. Afortunadamente, la mudanza no le quedaba muy lejos de allí, por lo que todavía podría seguir viéndolos, aunque tal vez no tan de seguido.

La lluvia continuaba dejando caer grandes cantidades de agua, cada vez más y más grandes. El negro abrigo del chico estaba empapado, sus grises zapatos encharcados y su gorrito de lana ahogado de agua.

Podía ver como la débil nieve comenzaba a desaparecer, dando paso al hielo — ligeramente — más resistente, que se encontraba debajo.

Rápidamente, y sin que ninguna masa de nieve procedente del tejado le cayese en la cabeza, abrió la puerta del patio, corrió hasta la puerta de madera oscura de su casa y entró.

Estaba en silencio. Solo se podía escuchar el sonido estático de la televisión y las voces de los presentadores del canal de noticias. Las gotas de agua recorrían todo el abrigo, desde su preciado gorrito blanco, hasta sus piernas, donde caían sin parar al suelo de madera de roble.

Respira el aire caliente de la sala mientras se quitaba las prendas más pesadas de encima, aunque no conseguía tranquilizarse del todo. Sabía que no estaría contenta con lo tarde que había terminado de salir de las clases, como de costumbre.

Agarró los zapatos mojados, la mochila y subió al piso de arriba, sin hacer caso de donde emanaba tales sonidos de la televisión. Podía escuchar movimientos en el piso de abajo mientras subía las escaleras y una sutil marcha de pasos acercándose a él. Aumentó la velocidad con el deseo de que no le dijera nada, pero los pasos comenzaron a aumentar en frecuencia, seguidos de varios gritos que contenían en él su nombre.

Se apresuró en terminar de subir las escaleras, dio un rápido esquinazo y cerró la puerta de su habitación de golpe, lo que generó un espantoso temblor por el suelo.

Dejó caer la mochila al suelo, y se apoyó contra la puerta para mantenerla cerrada con mayor seguridad. Podía escuchar como los pasos comenzaban a agigantarse, mientras una voz femenina y grave lo llamaba por su nombre y le aconsejaba que no se escondiese.

Escaneó su habitación rápidamente y movió varias cosas de sitio, incluyendo la silla y algunas cajas de cartón procedentes de la mudanza, que colocó contra la puerta.

Unos segundos después, el silencio se apoderaba de la casa, dejando solo el sonido de la débil e inocente brisa del viento, que chocaba contra las ventanas del lugar. El silencio dejó de ser tan obvio al minuto, cuando decidió colocar su ojo contra el cerrojo de la puerta y mirar a través de ella, encontrando otro ojo — de iris negro, como el carbón — inyectado en sangre, sin fondo y con máxima profundidad, mirando, sin ningún tipo de movimiento ni pestañeo. El ojo desapareció inmediatamente de la puerta, solo para ser reemplazado por lo que al principio no pudo reconocer, pero que lo dejó ciego, literalmente. Una delgada y fina barra de metal arrasó con una fuerza sobrehumana y sin piedad por el cerrojo de la puerta.

Aturdido, retrocedió ligeramente unos pasos, admirando — con el único ojo que le resultaba funcional — un charquito de sangre que se hacía más grande por segundos.

La grave voz femenina, no satisfecha, comenzó a aporrear la puerta, tratando de echarla abajo sin éxito alguno. El chico, — perplejo y gélido, manos frías y pulso astronómico —, admiraba las gotas de sangre que emanaba de su ojo y caían al suelo, formando varios charcos en poco tiempo.

Un terrible sonido de madera desgarrándose se adjuntó a la escena, dejando en claro que no le quedaba mucho tiempo para responder.

Sin voz, agarró la silla de nuevo, que había apartado con anterioridad para mirar a través del dicho cerrojo — ahora manchado de sangre y óxido — y volvió a colocarla contra la puerta. Comenzó a buscar algo con lo que defenderse o con lo que asegurar la puerta durante más tiempo, solo para que momentos después, tal voz dejara de golpear la puerta y comenzara a desaparecer entre pasos por la antigua madera que crujía al pasar por encima.

En silencio, el chico se mantenía quieto ante cualquier signo de peligro — Sabía que en cualquier momento podría volver a venir, pero pensó que tal vez la medicación podría haberle hecho efecto con una sutil anticipación —. Volvió a acercarse a la puerta — esta vez — sin mirar por el cerrojo. Escuchando como los pasos continuaban debilitándose mientras se alejaban.

Su acto de reconocimiento auditivo fue interrumpido cuando comenzó a desarrollar un terrible dolor en su ojo — fue entonces cuando recordó que no hacía mucho había sido herido, confirmándolo segundos después al comprobar el espantoso rastro que dibujaba la sangre que caía de su ojo derecho.

Mientras se fabricaba una pequeña venda con un pequeño trozo de cuero que pudo arrancar de uno de sus antiguos y queridos osos de peluche marrones, pudo distinguir — con bastante facilidad — lo que efectivamente era un metal cayéndose al suelo.

El pequeño cuero, que no ayudaba en nada en la terrorífica pesadilla que estaba viviendo, retenía a duras penas la sangre del chico, que continuaba brotando sin parar de su ojo y la cual recorría sus

sonrojadas mejillas, ahora manchadas con la misma sustancia que solía poblar por dentro de dichas mejillas. No tuvo otra elección que arrancar otro pequeño trozo del ya difunto oso de peluche, cuyo rostro se mantenía deforme durante toda la escena.

Solo comenzó a hiperventilar cuando pudo distinguir los pasos de esa horrorosa y grave voz sin alma. Acompañada del espantoso sonido de la madera crujiendo, se añadía otro más, uno que parecía provenir de pequeños fragmentos de yeso, que a su vez provenían de otro sonido, uno más angustiante. El de una superficie — la pared — siendo rasurada.

Ante tal situación acudió con rapidez a un pequeño compartimento escondido detrás del armario donde se encontraba su ropa, tintada del mismo color que brotaba de su ojo. Sacó el compartimento y lo abrió inmediatamente, revelando una pequeña cajita de metal con preciosas siluetas cuervos y águilas, grabadas a mano con un detalle impecable, aunque difícil de creer debido a la antigüedad de dicha cajita de metal.

La cajita de metal grisácea, parcialmente reluciente a pesar del óxido y la suciedad de donde se encontraba, fue abierta con facilidad al incluir como método de seguridad una pequeña pestaña de metal. Al abrir la caja, un olor putrefacto emanó de ella, un olor conocido y temido al mismo tiempo, que dejó revelar algo incluso peor que aquel putrefacto olor, peor que lo que sea que se estuviera avecinando a continuación. La poca luz de la habitación remarcaba los sutiles reflejos del acero pulido de un pequeño revólver de 2 pulgadas, junto a tres balas adicionales a su lado.

El chico admiró con detenimiento el revólver — que terminó recogiendo — junto a las otras 3 balas adicionales. El revólver, con un mango de madera cuidadosamente tallado a mano por las mismas manos de la oscuridad, aplicaba un efecto de frío molesto — aunque soportable — al chico que, con su único ojo funcional, miraba expectante como el revólver se manchaba prematuramente con su goteante sangre. La misma sangre de familia que mancharía posteriormente el suelo de su habitación.

La depresiva paz que mantenía el chico admirando el revólver fue interrumpida — de nuevo — con los sonidos de la puerta volviendo a ser aporreada. Solo un peculiar detalle añadía variedad al terrorífico evento, siendo este el pequeño destello de un cuchillo que comenzaba a atravesar la puerta de su habitación.

Recuperado del shock inicial, dirigió la mirada de vuelta al revólver, del que poco a poco emanaba un sentimiento de individualismo y oscuridad. Cargó cuidadosamente la primera bala en la recámara del arma, mientras la puerta continuaba agrietándose cada vez más.

La segunda bala era cargada en el instante en el que la puerta de la habitación dejó escapar un desesperanzador sonido metálico. Apartó la mirada del revólver, el cual cargaba consigo dos balas en su cargador, solo para ver el cerrojo de la puerta — que previamente se encontraba en la puerta — caído en el suelo, formando parte del charco de sangre donde comenzó su nueva — aunque no desconocida — tortura física y emocional.

La puerta comenzaba a extender lentamente la sangre del charco conforme se abría, acompañado del sonido del cerrojo siendo arrastrado por el viejo suelo de madera de roble. El rastro rojo que teñía la madera comenzaba en el charco y terminaba donde se situaba el desesperanzado y depresivo chico.

Una figura femenina, de enormes caderas y estatura baja acechaba, con el arma blanca en mano y una gran retorcida y rota sonrisa, al chico, que dejó caer accidentalmente la última de las balas que le faltaba por cargar en el arma.

— *Ya he sufrido suficiente contigo.* — suspiraba entre una falsa sonrisa.

El chico miró a la sombra de lo que solía ser su madre, una vez más consumida por la ira procedente de su persona.

— Mama... Por favor... Las medicinas... — susurraba el chico.

— *Tú te crees que te mereces seguir aquí. Nunca deberías haber existido. ¿Todavía no se te ha metido en la puta cabeza?* — explicaba de forma insultante — *si sigues vivo es por tu padre. Y tu padre lleva mucho tiempo sin pronunciar nada, ¿No es verdad?*

— Papa nunca quiso esto.

— *No, no, no, no, no... Tu no me vas a seguir drogando día tras día. Vas a volver a donde deberías haber estado, y no es dentro de mí. Si acaso, lo más alejado posible de mí.*

— Mama... no digas esas cosas.

— *No eres mi hijo, no sé quién eres. Se, quien, quien eres. Eres un parásito, destruye vidas. Pedazo de.... no tienes derecho a vivir, no después de haberme quitado mi vida.*

— Por favor, no hagas que el accidente te siga persiguiendo aún más.

La mujer se mantiene escéptica y congelada. Pensante del comentario del chico.

— Ven, vámonos a por los medicamentos. — sugiere el chico.

La mujer, ya recuperada, responde con cierto grado de calma y con una sonrisa rota:

— *Si, si lo siento hijo, vamos.*

El chico avanza — con cierta inseguridad — en dirección a la mujer, que presenta una mirada perdida al suelo de la habitación. Al momento, sus labios producen un comentario que hace parar al chico, que continuaba avanzando en su dirección:

— *¿Qué es todo esto?*

— El chico responde rápidamente — No, no es nada. No te preocupes.

— *Huele. A oxido.*

— No te preocupes, lo limpiare ahora cuando bajemos a por los medicamentos.

— *Pero, hay que terminar de pintar la habitación.*

— ¿Perdona?

La mujer examina la habitación, preguntándose por que no estaba presuntamente pintada. El chico mira a la mujer, que se encontraba mirando al fondo del pasillo. Distrae la mirada al fondo del pasillo y concentra la débil mirada en el objeto de presidia individualmente la escena.

La misma fina barra de metal que arrasó con el cerrojo de la puerta, manchada de sangre, se encontraba tirado en el suelo perpendicular a la puerta donde se encontraba.

La mujer susurra a continuación:

— *Hay que terminar de pintar la puta habitación.*

El chico se gira rápidamente de nuevo a la mujer, que cargaba el cuchillo en la mano. Se escucho un pequeño movimiento brusco seguido de una serie de pasos. El chico era espectador del cuchillo, que comenzaba a ver como poco a poco se le comenzaba a adherir pequeños patrones de tinte rojo.

Un gran dolor se incorporó a continuación, seguido por un terrible corte digestivo. El chico empujó bruscamente a la mujer, que se encontraba paralizada en el sitio, mirándole fijamente el pecho.

El chico examina lentamente su cuerpo, desvelando una pequeña fisura en su camiseta, que comenzaba a teñirse de rojo, de forma exponencial. Con la piel pálida, devuelve la mirada a la mujer, que comenzaba a dibujar una perfecta maligna sonrisa, seguida de unas carcajadas psicópatas, que tapaban los sollozos del afligido chico.

Traumatizado, continuaba mirando el rostro de su difunta madre, que había sido reemplazada por otra versión mortal, putrefacta y psicópata. La mujer devolvió — tras una larga carcajada — la mirada al chico, que se mantenía sosteniendo con una mano el costado, y con otra, el ojo. Comenzó a acercarse al chico mientras se repetía a sí misma << sangre >>.

La secuencia en bucle de la mujer era interrumpida por un sonido mucho más fuerte. El frío se apoderaba de la mano del chico, del cual emanaba un hilo de humo consistente. Ambos compartieron las miradas y rostros por unos segundos. El rostro de la mujer cambió repentinamente a una de asombro, mezclada con preocupación y angustia. Admiraban la ropa de la mujer, de la cual una pequeña fuente perfecta de sangre comenzó a salir de la cadera. La mujer mira petrificada tal fuente, que continúa emanando sin cesar en ningún momento. El chico y la mujer vuelven a compartir una mirada, esta vez, de ira y odio. El rostro de la mujer comenzaba a tornarse rojo y los putrefactos dientes de su mandíbula se dejaron ver al chico, quien esperaba temblando con lágrimas en los ojos.

La mujer avanza lentamente, cojeando. Las gotas de agua y sangre comienzan a mezclarse en el suelo de la habitación procedente de ambos cuerpos. Carga el cuchillo y, antes de que el chico pudiera tan siquiera cargar la siguiente bala en la recámara, le propino otra puñalada.

El chico, en terribles condiciones, vuelve a empujar a la mujer, que se presenta emocionalmente destruida. Comprueba como de su mejilla izquierda comienza a brotar más de esa dichosa sustancia roja, afortunadamente, solo de una pequeña fisura superficial. El chico analiza sus manos, cubiertas de sangre; y a la mujer tendida — de nuevo — sonriendo, de forma psicópata.

En un acto de climax finalízate, apunta a la cabeza de la mujer con el revólver, que sigue tendida en el suelo, con una sonrisa enfermiza. La mujer susurra al aire, con la mirada perdida.

— *Me has matado. Has matado a tu madre. Me has disparado, has disparado a tu madre.*

Lagrimas comienzan a brotar de ambos ojos del chico; uno dejaba un rastro transparente; otro lo dejaba rojo. Tiembla con el revólver apuntando a la cabeza de la mujer; mujer que dejaría este mundo unos segundos después.

La sangre comenzó a impregnar los pantalones y, poco después, comenzó a emanar de la boca y de los ojos de esta, quien no compartió ningún movimiento con el chico petrificado.

La mano, que temblaba del frío, dejó caer el revólver al suelo, que impactó con el viejo suelo de madera de roble, ahora impregnado de la sangre y lágrimas de ambos. Vuelve a mirar a la mujer, cuyo calor corporal comenzaba a diluirse con el frío de la habitación. Mira su camiseta, ahora tintada de un oscuro rojo. Y su cara, donde se encontraría y acompañaría al chico un pequeño recuerdo para el resto de sus días.

Dirigió la mirada al techo, el único lugar que por suerte no estaba impregnado con las atrocidades cometidas con anterioridad en la habitación. El olor putrefacto del revólver engullía la habitación y lo obligó a comenzar a moverse.

Con movimientos lentos y pálidos, agarró una pequeña mochila que se encontraba detrás de la puerta de su habitación, un par de papeles con los que secarse con posterioridad sus heridas y algunos cachivaches más que se encontraban apartados encima de la mesa.

El chico comenzó a bajar las escaleras de la casa, dejando un rastro de sangre con el patrón de sus zapatillas. Las heridas provocadas le causaron que se tambalease y finalmente callera por el resto de los peldaños que le quedaba por bajar. Tras probar el frío sabor de la madera mojada durante unos segundos, se levantó y se miró en el espejo. Su ropa estaba sucia y manchada de pecado, su cuerpo dolido y herido física como psicológicamente, y su rostro dibujaba una expresión de soledad, depresión y frialdad.

Abrió la puerta de la casa. La lluvia había dejado paso a la nieve, que comenzaba a caer desde las nubes más altas del cielo. La noche comenzaba a rellenar el cielo anaranjado producido por la puesta de sol, que poco a poco continuaba desapareciendo en el horizonte.

El joven, mochila en mano, venda en la cabeza, y mano en el costado, marchó lejos de su casa, dirigiéndose al bosque, ahora cubierto de nieve.

Sin ningún deseo, nada más que el de olvidar lo que acababa de ocurrir, se adentraba cada vez más en el bosque de altos pinos, dejando consigo un rastro rojo en la blanca nieve por donde pasaba.

Hacia frio fuera.

Pero el frio que hacía no se podía comparar con el que sentía en su mano y en su consciencia.

CAPITULO 2

GÉLIDO DESENLACE

Conforme las negras nubes comenzaban a desaparecer entre las altas copas de los pinos, la paz reinaba en forma de un suave silencio, ocasionalmente interrumpido por las suaves caricias del frío viento que recorrían las hojas de los arbustos, repletos de bayas dulces por doquier.

La noche — que acostó al sol entre los lejanos montes — se hacía presente ahora en todas las partes del cielo. Las estrellas de la noche emitían rayos de luz esperanzadores. El cielo estrellado, el viento delicado y la blanca nieve que acurrucaban a las hojas de los cientos de altos pinos desarrollaban un sentimiento de seguridad y calma. El olor del agua fresca procedente de un lago cercano avivaba el ambiente y las pocas, pero suficientes luciérnagas, mostraban un camino más allá de los campos de las azules flores.

Las pisadas en la nieve se podían ver desde cualquier punto del descampado, que tomaba una gran extensión justo a la salida del enorme bosque de altos pinos. El tinte rojo se diluía con más facilidad conforme el rastro de pisadas se iba agrandando. Poco tiempo después, solo las pisadas en la nieve se quedaban reflejadas en el virgen suelo del descampado.

El joven, cabeza baja durante todo el viaje, decidió apartar la mirada del suelo por unos instantes para ser recompensado con un regalo mayor que aquel del olvido. A ojos del joven, encima de una pequeña colina cubierta de nieve, se desvelaba ante él un cielo de negro puro, repleto de estelas y grandes estrellas fugaces. El ambiente era fresco y suave y la nieve creaba una excelente cama donde descansar el cansado cuerpo del joven, quien olvidaba poco a poco la tragedia ocurrida en el anochecer anterior.

Las luciérnagas iluminaban las flores color azul marino que poblaban las diferentes regiones del descampado. Los grillos cantaban a la luna, que eran partícipes de la escena en todo momento. La luz se reflejaba en la clara agua del pequeño río que dividía el descampado en dos regiones. Un desfile de pájaros aterrizaba en las copas de los árboles, preparados para descansar para el próximo día que se les avecinaba, una vez más, en un ciclo eterno. Aunque no para todos, pues algunos preferían volar por el ancho espacio aéreo que les suministraba la luz de la Luna.

Una pequeña pausa para tomar el puro y virgen aire frío del descampado le animó a continuar con su viaje, sin rumbo y sin objetivos. Un viaje que pondría fin a su persona tal y como la conocía por entonces.

La luna seguirá despejando el camino al joven, que continuaría dejando su emblemático camino de pisadas en la nieve.

El tiempo no parecía avanzar. La luna continuaba quieta en el cielo. El canto de los grillos ya formaba parte del recuerdo del joven hace tiempo. El descampado dejaba ver en la lejanía otro bosque de altos pinos — esta vez — un poco más grande. Abandonar el descampado solo hizo recordar al joven lo que de verdad era. Un humano hambriento.

El corte digestivo procedente de las profundas heridas solo le recordaba que tenía que encontrar algo con lo que aliviar su dolor. Su excelente memoria, que le recordaba cada segundo de aquel infierno personificado de hace unas horas también le ayudó a recordar aquellos pequeños arbustos de bayas dulces con los que se topó por casualidad, mientras caminaba con la mirada perdida en la blanca capa de nieve que recubría el suelo.

Determinado únicamente por su instinto primitivo de supervivencia, marchó en dirección al bosque de altos pinos con la esperanza de encontrar aquellos arbustos de bayas dulces.

El frío no le importaba mucho, pues anterior a la mudanza ya vivía en un clima prácticamente igual. Sin embargo, una molestia repentina por el aumento inesperado e indeseado del frío en el aire del viento le anticipaba algo peor que un simple constipado.

Se dio algo más de prisa en acercarse al bosque de altos pinos, que comenzaba a desvelarse en toda su plenitud ante él. Su cuerpo, cansado del gran trayecto; y del frío, que comenzaba a ser preocupante; comenzó a pedir un descanso apropiado. Sus heridas, aunque mayormente cerradas, continuaban hostigando la mente del joven, cuya visión se debilitaba con la ascendente fuerza del frío viento.

Llegó con tiempo al bosque, donde comenzaría su búsqueda de arbustos de bayas dulces. No tardó mucho en encontrar unos cuantos matorrales, llenos de flores, pero ninguna baya dulce. Cansado, pero sin ningún motivo para volver de vuelta a casa, continuó con su búsqueda hasta dar con un arbusto de tamaño decente, repleto de bayas dulces, rojizas como el color de su sucia camiseta y las cicatrices de su mejilla. Abrió su mochila y comenzó a rellenarla de este delicioso fruto concedida por la misma naturaleza. Mientras continuaba rellenando la bolsa, se dio la libertad de dirigir la mirada al lago que se encontraba próximo a él y que, inexplicablemente, no vio cuando se acercó al matorral.

Un peculiar hecho le dejaba inquieto. Los grillos no cantaban, las luciérnagas habían desaparecido y el cielo se mostraba grisáceo. De nuevo, el frío ejercía de protagonista en aquel sitio y, momentos después un pequeño e inocente copo de nieve cayó justo encima de su cabeza.

Eso le hizo recordar dos detalles insignificantes: El primero, que se avecinaba una terrible tormenta de nieve; y, el segundo, que no se había llevado consigo su preciado gorrito blanco.

Justo como anticipó, una gran tormenta, negra como el carbón, pero impura e incomparable con la negrura pura del cielo del descampado, consumió gran parte de la ahora invisible Luna, que solía guiarle con su tranquilizador reflejo.

Los copos de nieve aumentaban en frecuencia, directamente proporcional a la velocidad con la que el joven aumentaba el recoger de las bayas.

Solo quedaban las bayas dulces que se encontraban más profundas entre las ramas del arbusto cuando el joven decidió abandonar la recolección. Se enfrentaba a una tormenta de nieve inmediata. Sin un lugar a donde ir o donde refugiarse, no tardaría mucho en perder la consciencia y, a continuación, su vida.

No había caminado tanto tiempo, y haber aguantado tanto sus heridas como para morir solo ahora. Decidido, recogió su mochila, ahora con más peso que antes, y continuó buscando un sitio donde pasar la tormenta.

Era la primera vez que no agachaba la cabeza por más de cinco minutos seguidos, pues ahora sí que tenía una razón para levantarla. Mientras almorzaba alguna de las dulces bayas recogidas con anterioridad, realizó múltiples análisis del relieve en busca de un sitio donde poder resguardarse del frío, que resultaron prácticamente vanas. Su debilitada vista solo dejaba en claro lo vulnerable que resultaba a ojos de otras criaturas de este bosque. Sin embargo, para cuando se dio cuenta de tal reflexión, se percató de otra mucha peor. El silencio continuaba reinando en una racha de varias horas sin cesar, desde que dejó aquel encantador descampado. Ningún sonido, excepto el del moderado viento, se atrevía a profanar el reinado del silencio. Ninguna alma, tan siquiera perdida, se encontraba cerca de donde se situaba. Ningún pájaro, luciérnaga, o incluso lobos y zorros, típicos en el lugar donde se situaba. “Sera por la tormenta” — reflexionó en silencio el joven, que comenzaba a tiritar en soledad. Continuó apresurándose en busca de cualquier cosa que pudiera guiarle a un sitio donde resguardarse.

Afortunadamente, encontró lo que podría ser una especie de cueva, que calculó estar a unos escasos 100 metros de distancia, y otros 16 de caída. El frío viento comenzó a azotar con más fuerza de la prevista. La nieve ya bloqueaba gran parte de la visión y, por si la situación no se podía complicar más, una gran masa de nieve se formaba con cada segundo que pasaba en la puerta de aquella cueva. Con el tiempo suficiente, podría llegar a tiempo a la entrada de la cueva antes de que la nieve le bloquease su único refugio disponible.

Sin tiempo que perder, comenzó a bajar poco a poco por el empinado descenso que le separaba entre la vida y la muerte. Esta vez, la madre naturaleza no se lo pondría tan fácil. El viento llegó a su pico culminante, que hizo que el joven se tambalease ligeramente. Agarrado con todas sus fuerzas, se mantenía agarrado a una pequeña raíz que sobresalía de la pared del plano inclinado. El tiempo se agotaba por momentos, el frío erradicaba sus últimas reservas de energía en producir el suficiente calor para mantenerse con vida; y su cuerpo, abatido, cansado y herido, estaba por ceder en cualquier momento.

Sabía que no podía quedarse colgado de la raíz que le sujetaba contra la pared, ya sea por que terminaría rompiéndose, o porque su cuerpo cedería antes, y caería primero.

Decidió bajar con saltos más pronunciados y así, cuando se encontrase más abajo, poder dejarse caer el resto de la caída. Conforme bajaba poco a poco por la pared, los copos de nieve se juntaron cada vez más, formando una gran pila de nieve encima de su cabeza. La tormenta rugía con más y más fuerza, los copos de nieve caían como proyectiles en las heridas del joven y, finalmente, el hielo terminó el trabajo, consiguiendo que las manos del joven se helasen y terminaran cediendo, condenándolo a una terrible, dolorosa y sangrienta caída.

La silueta del joven cayendo se reflejaba en la pared de tierra, hielo y raíces muertas. El viento acariciaba con suavidad al joven, que planeaba boca arriba por el frío aire de la noche, aunque la paz

no duraría por siempre. Seguido de un terrible golpe inicial en la pierna, le siguieron al instante uno aún peor en el brazo y otro en la cabeza. El cuerpo del chico, fuera de sí mismo, comenzaba a rodar cuesta abajo por la blanca nieve, tiñendo un camino de color marrón rojizo conforme se deslizaba por el plano inclinado. Una alta caída de 5 metros finalizaría los golpes y deslices del joven que continuaba bajando por aquella pendiente.

Un estremecedor temblor sobre la blanca y suave nieve daba final a los 16 metros de caída del joven.

A unos escasos metros de la cueva, el joven se arrastraba como podía. Su vista se debilitó por completo, dejándolo solo y vulnerable con sus oídos, que solo podían captar los gruñidos que producía el frío viento de la tormenta.

Pronto las piernas comenzarían a fallar del todo, seguido de los brazos, que no podían aguantar el frío de la nieve que lo rodeaba. Se dio la vuelta, esperando poder ver por última vez el profundo negro color del cielo estrellado, pero se encontraría nada más que con copos de nieve, cayendo de una masa de nubes negras como el carbón.

El joven respiraba el aire frío de lugar, rejuveneciendo sus pulmones de nuevo. Este corto periodo de tiempo parecía desacelerarse. El mundo que le rodeaba parecía ir más lento, lo que le dejó el suficiente tiempo como para poder pensar. Sus amigos, su hogar, su familia, sus logros personales, su historia. ¿Qué recordaran del pobre joven, cuyo cuerpo tal vez ni si quiera lleguen a encontrar?

Miraba escéptico a la realidad.

No podía comprender el entorno que le rodeaba. Donde el silencio reinaba por doquier, donde ningún alma parecía estar de paso. Sin depredadores de los que temer, sin criaturas amistosas de las que gozar compañía.

Un puro cielo negro estrellado reemplazado por una mortífera y depresiva manta de niebla gris, densa como el lodo que manchaba sus zapatos justo en este momento.

Pero más escéptico le parecía estar viendo con sus débiles ojos, que parecían haber recuperado algo de energía, un rayo de luz atravesar las densas nubes color carbón del cielo.

A la lejanía, un gigante árbol parece crecer en el centro de la cumbre de una alta montaña, rodeada de fina vegetación verde y flores de diferentes colores.

La vista resultaba espectacular.

Hacía mucho frío. Tanto dentro, como fuera. Puro glaciario andante.

Todavía se preguntaba como no podía haberse dado cuenta de tal llamativa figura con anterioridad. No le sorprendía que, estando medio ciego, no se hubiera dado cuenta de pequeños detalles de su alrededor. Sin embargo, una estructura, bien iluminada, alta en la montaña más grande de todas, y cielo abierto en ese particular punto, resultaba difícil de no ver. Incluso tuerto.

Sea como fuese, no le quedaba mucho tiempo para seguir pensando en aquel sitio caído del mismísimo cielo. Una pequeña montaña de nieve se formaba en su pecho, ocultando su ya sucia y desgarrada ropa, así como su profunda herida.

Los copos de nieve se diluían en el gris de la niebla, su mirada se desenfocaba progresivamente y el tiempo se paraba aún más.

Fundido a negro de su último ojo, ya solo podía escuchar sonidos a su alrededor.

El viento continuaba azotando, un poquito menos fuerte que antes, contra su cabello y rostro.

Su oído se agudizaba con los segundos, unas ramas rotas parecían escucharse. Un poco de nieve caía por la pendiente por que bajó rodando anteriormente. La cueva parecía reproducir un eco fantástico del viento, como si de una voz femenina se tratase.

Eso lo tranquilizó, hasta que se dio cuenta que apenas podía escuchar más.

Sin visión, sin apenas audición y definitivamente sin tacto, perdido en un lugar que no conocía. Parecía un sueño interminable. Dejó de sentir dolor hace un tiempo. ¿Estaba muerto?, se replanteaba entre risas que apenas podía vocalizar.

Comenzaba a sentir un repentino calor por el cuerpo.

Pensando que su final había llegado, se lamio los labios, tragó saliva y dejó salir un suspiro de derrota y aceptación.

CAPITULO 3

UNA AMISTAD CELESTE

Me pregunto cómo se vería el sol en un planeta donde no hay apenas luz.

Donde la vegetación no se apodera de las largas y anchas tierras, translúcidas al pasar por las densas nubes blanquecinas de puro frío y soledad que, poco a poco, engullen la mínima y delicada, aunque detallada y virgen vista que se permite dejar ver entre las partes más altas de las cumbres de diorita, custodiados por los silbidos del pasajero viento.

Donde árboles ya no pueblan los campos y valles del que, posiblemente, podría haber sido un precioso mundo. Donde el agua es inexistente, reemplazada por una delgada capa de hielo azulado. Donde el único olor distinguible es el conocido y temido olor del miedo, la angustia y la soledad.

Solo una pequeña cima de una gigante montaña parece albergar la memoria perdida de lo que pudo haber sido este sitio en el pasado. Un sitio donde los pocos y calientes rayos de luz pueden escapar de las densas nubes de color carbón que tapan el cielo, infestado de una capa fina de verde hierba y un gran árbol en su centro.

Las flores comienzan a abrirse con el cantar de los pájaros, que despertaban con la luz del sol, que amanece por el este. Los ríos fluyen con suavidad, los arbustos y matorrales se agitan con el gentil viento de la fría mañana. El agua refleja el anaranjado sol que amanece entre las montañas y la sutil niebla permanece intacta, dando un efecto de cómodo granulado.

Dulces nubes de espuma poblaban equitativamente varias regiones del cian cielo. El olor a frescura, puro frío rejuvenecedor, adherido a una pequeña y sutil carga sabor menta, creaba el perfecto ambiente invernal.

Rayos de luz se escapaban por los complicados patrones de hojas de los altos pinos del bosque nevado, cuya nieve reflejaba cuidadosamente cada pizca de luz como si fuese la única del universo.

La vida en la ciudad se despertaba una vez más en este infinito ciclo eterno. Las luces de las farolas se apagaban, las casas se iluminaban de arriba abajo, las chimeneas bostezaban pequeñas nubes blancas, los coches comenzaban a rugir sus motores y las campanas comenzaban a sonar, en sintonía con las manecillas del reloj que nunca paraban de girar, en ningún momento.

Una peculiar casa, apartada lejos en la periferia de la ciudad, mantenía una rutina más lenta. Las luces no se habían encendido todavía. La chimenea se mantenía callada. Puerta afuera, un camino de pisadas se había convertido en pequeñas pisaditas de hormiga. A su lado, una larga y estrecha bufanda de color rojo de la que solo quedaba un hilo de color marrón, a trozos.

Más allá de aquel bosque de altos pinos se encontraba un gran descampado con preciosas flores azul marino y un río puro y virgen, cuyo sonido extendía la paz por todo el descampado.

Se encontraba muy lejos de allí, perdido en un mundo de fantasía.

Pese a que la tormenta había cesado, el silencio y el frío continuaban su monarquía absolutista. La densa niebla bloqueaba gran parte de los rayos de sol que provenía del gris blanco cielo, cubierto de nubes aún más grises. Solo la cantidad justa de luz conseguía penetrar por la densa niebla como para deducir si era día o noche en aquellas extrañas tierras.

El calor era, prácticamente, inexistente. Un lujo que muy pocos podían permitirse. Las dulces bayas de los arbustos parecían haber desaparecido por completo, junto a la fauna local, que no se hizo presente desde su llegada.

La soledad, reina invisible del todo el proceso, acompañaba a los mortales en su largo viaje sin rumbo por aquellas tierras, que parecían haber sido olvidadas. Tierras que nadie reclamaba. Tierras incompletas. Tierras de nueve sobre diez. Tierras a las que les faltaban algo. Casi como si se le hubiera olvidado como son en realidad. Blanco el suelo, blanca la niebla y gris blanca el cielo emborregado. Un lienzo que esperaba ser pintado por quien fuera que se acordase de como solía ser.

Solo un sitio, un rincón, una plataforma, rompía la norma y creaba la excepción.

Una alta montaña de diorita, cubierta de blanquecina nieve, parecía hospedar en su cima un parquecito caído del mismo cielo. Rinconcito donde las nubes se abrían y dejaba pasar la luz del sol. Donde un nuevo color verde se integraba en la olvidada paleta de estas tierras.

El calor corporal se volvía más intenso con el pasar de las horas. Realmente creía que estaba en el cielo, siendo acomodado por cientos de ángeles a su disposición, levantándolo de la fría a nieve del suelo hasta las más altas nubes del cielo. Aunque también sentía miedo, pues el calor no solo provenía de los reconfortantes rayos del sol.

El infierno estaba, si no al mismo nivel, más cerca que el cielo. No por nada sus prendas estaban bañadas de un color marrón rojizo; y su mano y alma no estarían llenas de pecado y depresión.

Dejando que ocurriera lo que tuviera que ocurrirle, dejó pasar los minutos, sintiendo cada vez más el reconfortante sentimiento puro de calor. Era nuevo, virgen y desconocido. Como si algo tratara de comunicarse del exterior durante un profundo coma. Como cuando te fundías entre las sábanas tras llegar a casa después de un largo viaje. Como cuando te juntas con la persona que más amas del universo. Ninguna de estas cosas eran conocidas con anterioridad por el joven, que se dejaba expuesto a un nuevo sentimiento de aceptación y cariño.

Un pequeño olor a humo recorría la cavidad nasal del joven, lo que le asustó en un principio, creyéndose condenado al perpetuo fuego del infierno.

Luego, algunos de sus dedos comenzaban a sentir la lisa y húmeda superficie en la que su cuerpo descansaba echado. Se imaginaba vivir en una profunda catacumba, llena de musgo, roca y hierba, en

las que multitudes de criaturas acechaban en cada esquina de cada pasillo de cada nivel de aquella mazmorra.

Los dedos de sus pies comenzaban a articular un pequeño pero importante movimiento. Se sentía cada vez más en control de su cuerpo, como si su alma hubiera descendido de nuevo al mundo mortal; hecho que le puso los pelos de punta.

Un punzante dolor, que resultaba un tanto excitante, comenzaba a emanar de su entrepierna. Casi parecía sentirse hombre, aunque no estaba todavía convencido de que los ángeles o los demonios realmente sintieran la necesidad de utilizarlos allí donde estuviesen.

Lo que le dejó perplejo, sin lugar a dudas, fue recuperar su gusto. Un delicioso sabor a bayas dulces y nieve limpia le agradó durante unos breves segundos, antes de empezar a sentir la terrible y angustiosa necesidad de abrir los ojos para verificar que, en efecto, seguía vivo.

Tal reacción inesperada le produjo casi de seguido otro dolor, no tan excitante como el anterior, en el ojo, costado y mejilla. Justo como su excelente memoria le hacía recordar.

Esperándose lo peor, y mientras su pulso ascendía de forma calmada pero constante, pensaba, escuchaba, olía y tocaba su alrededor. La mezcla de sentidos creaba un espacio que no le terminaba de encajar en su cabeza. Un goteo con frecuencia perfecta se escuchaba gracias al efecto de un largo y profundo eco, que resonaba entre las paredes de un estrecho y húmedo espacio.

A la lejanía, madera parecía estar siendo astillada, pájaros parecían cantar en bajos graves, como si una almohada se interpusiera entre el joven y el exterior.

Para cuando pudo elaborar una básica pero cierta conclusión de donde estaba, sus ojos, en plural, comenzaron a abrirse, aunque con cierta dificultad con el izquierdo.

Primero, fue una pintura grisácea al óleo lo que le dejaban ver sus ojos. Un poco más de detalle después, se transformó en un rápido borrador de oscuras líneas y grises rellenos y contornos. Figuras geométricas comenzaban a conectar en la mente del joven, seguido de una mayor resolución y margen de colores.

Cerró temporalmente los ojos para perfeccionar su vista, y al volverlos a abrir se deslumbró ante lo que efectivamente era un techo húmedo y liso de piedra. Se encontraba presuntamente apoyado contra una lisa y perfecta pared curva de piedra, en la que ocasionalmente se podían encontrar grandes gotas de agua cristalinas.

El dolor de no saber lo que le había pasado le era mayor que el de mover su cuello y cervicales. En las paredes de la ahora entendida cueva reflejaban extrañas sombras naranjas y negras. Su cabeza estaba ligeramente apoyada en otra de las paredes lisas y perfectamente curvas de la cueva. Frente a sus pies, la pequeña cueva se extendía, a juzgar por el tiempo con él que el eco devolvía los sonidos de las gotas de agua cayendo en el suelo, con una larga extensión.

Se quedó mirando fijamente la madera siendo consumida por el delicado fuego que crecía de una fogata cercana, alumbrando los alrededores del particular lugar.

La costumbre de respirar el aire frío del ambiente volvía a presentarse una vez más. Tomó una leve bocanada de aire frío en silencio y se propuso comenzar a examinar la sala en la que, inexplicablemente, había acabado.

Antes de comenzar su trepidante aventura se volvió a percatar de aquel sonido de madera siendo astillada, que sin explicación alguna parecía haber cesado.

Intrigado, se volteó boca abajo y se arrastró ligeramente hasta dar con la esquina que lo separaba del resto de la cueva. Al otro lado, se encontró con algo que le dejaría los ojos como dos platos de porcelana y, ciertamente, daría respuesta a varias preguntas, pero que crearía muchas otras nuevas.

Siguiendo un camino de pisadas en la nieve en dirección a la entrada de la cueva se encontraría una peculiar silueta en el centro del pasillo de piedra lisa. Al fondo, un gran destello de luz proveniente del cielo conseguía escapar por momentos de las grandes nubes que ocupaban el espacio, traspasando la fina y transparente capa de hielo azul que se encontraba tapando la salida de la cueva, iluminando en una gran totalidad el suelo de la cueva con un precioso azul *celeste*.

Los rayos de luz dejaban desvelar una delicada figura, de infinita extensión de cabello pelirrojo, un abrigo de invierno color *celeste*. Sus piernas y muslos descansaban apoyados de lado, revelando unos pantalones marrón chocolate, llenos de bolsillos y cremalleras, y botas tan negras como el puro e inocente negro del cielo del descampado.

Un inesperado giro de cabeza asustó al joven que miraba con su ojo bueno por el borde de la esquina de piedra lisa. Este sutil movimiento de cabeza dejó desvelar algo que sacaría al joven de una vez por todas del frío y del desfase temporal que sufría.

Una simple mirada no fue suficiente para poder analizar el rebosante esplendor de aquel sujeto. De cara en perfil, la anónima silueta se dejaba ver como una joven chica, de mejillas sonrojadas como el color de las bayas que recogía la noche anterior; ojos de un suave y delicado color castaño, cristalinos y limpios como dos bolas de cristal macizas; piel color carne sin imperfecciones; sonrisa pura, esperanzadora, motivadora y cariñosa; nariz pequeña, delicada e inocente y labios jóvenes color salmón.

Acompañada de su gran y frondoso cabello pelirrojo, y la diminuta cantidad de luz que traspasaba por la pared de azul cristal, se recreaba ante una delicada pero fuerte y motivadora oportunidad de amistad en estos críticos y desesperanzadores momentos.

El joven, definido por un pulso acelerado y calor corporal ascendiente de forma exponencial, examina perplejo, de arriba abajo, varias veces — para no perder detalle — a la joven desconocida.

Sin embargo, su interminable análisis es interrumpido inesperadamente por un movimiento brusco de la joven. Se apoya de nuevo en la pared de piedra lisa ante el peligro de poder ser distinguido. La joven mira momentáneamente atrás suya, comprobando que no se trataba de ningún peligro, resumiendo de nuevo su desconocida tarea en progreso. El joven vuelve a mirar poco a poco a partir de la esquina, volviendo a fijar en seco la mirada en la joven chica.

Su encantador brazo comienza a dirigirse a una especie de saco un poco más lejos de donde se encontraba, de donde sacaría posteriormente unas deliciosas bayas dulces. No obstante, al desviar la vista por unos segundos de la joven, notó de que no se trataba de un simple saco, sino de su pequeña y confiable mochila, de donde la joven sacó con anterioridad las bayas que la noche anterior el joven se encontraba recolectando.

Este hecho no le agradó en nada. Se quejaba — y con razón — de que unas simples bayas dulces en una terrible noche de invierno no fueron suficientes como para llamarlo una cena. Y, al ver sus únicas reservas de comida siendo devoradas y degustadas, aunque con cierta lentitud, por la joven desconocida.

El joven necesitaba examinar más de cerca a la joven desconocida para asegurarse de que no se trataba de una amenaza, aunque previamente y, presuntamente, le habría salvado la vida.

Poco a poco, el joven dejó desvelar su cuerpo más y más a partir de la esquina de piedra lisa, creando el mínimo ruido posible. La joven continuaba con su extraña y secreta tarea, que el joven dedujo que requería de una alta concentración, pues no parecía apartarse o dejar de prestar atención en ningún momento de aquella cosa.

Cuando llevaba la mitad del camino, realizando el mínimo ruido y respiración posibles, una mezcla de dolor de cabeza y mareo comenzaron a surgirle — causados por el malestar general del que sufría — que, además de la muy probable posibilidad de que le escuchara, le hizo cambiar de idea y volver de nuevo a donde se encontraba.

Sus zapatos, cubiertos de hielo y barro no compartían la misma idea, y se lo dejó saber con un agudo sonido de suela deslizándose.

El joven entró en un profundo pánico y estrés, manteniendo una postura perpleja con el pie medio levantado. El sonido recorría todas las partes de la cueva, incluida la entrada, donde se situaba la joven. Al instante, la joven paró en seco con la tarea actual y, un segundo y medio después, giró repentinamente todo su cuerpo, en dirección al joven, quien todavía conservaba la ridícula postura.

La expresión de la joven cambió de neutral a una de enorme asombro, miedo y susto. Ambos compartieron por unos milisegundos la mirada, de nuevo, de enorme asombro, miedo y susto por parte de la joven, y uno de pena y desconcierto por parte del joven. Un gran pero corto grito femenino consiguió escapar de la garganta de la joven, quien en un acto reflejo inició un rápido y efectivo movimiento de defensa en forma de patada.

El joven, perplejo en todo momento, recibió la patada de lleno, retrocediendo varios metros hasta caer de espaldas contra el duro y frío suelo de la cueva.

Unos largos segundos pasaron en silencio tras la caída del joven al suelo, sin que ninguno de los dos compartiese una palabra, letra o movimiento siquiera, nada más que el de su respiración obligatoria.

El joven, realmente dolido por el daño recibido, que se multiplicaba por momentos a causa de sus heridas y malestar, dedicó al silencio del lugar una simple, aunque de cómica forma respuesta: “¡Au!” La joven se levantaba lentamente del suelo y se comenzaba a dirigir poco a poco, con sutileza, al joven

que había abatido al suelo diez segundos antes. Una vez se dio cuenta y estaba convencida del todo que aquel a quien había golpeado era, en efecto, al mismo quien había recogido y cuidado horas antes, procedió a agilizar el paso, aunque con cierta firmeza y desconfianza.

— *Eh, tu... ¿Qué?... ¿Qué pretendías?* — dejaba escapar la íntima y preocupada pero segura y amenazante voz de la joven.

— Por... Por qué te estabas comiendo mis bayas... — relataba el joven con los ojos cerrados.

El rostro de la joven se envuelve de una cortina roja consecuencia de la vergüenza. Retomó rápidamente la palabra y expresó:

— *Disculpas, tenía algo de hambre...* — explicaba la joven — *Solo han sido un par, lo juro...*

— Está bien... — concluía el joven — Pero, ¿Quién eres tú?

— *Ah, yo, esto... ¡Eso mismo te podría preguntar a ti!* — exclamaba la joven en un tono a la defensiva.

— ¿Yo? Solo pasaba por el bosque, pero me atrapó la tormenta de nieve. El viento era muy fuerte y la niebla muy densa, y terminé cayendo por una pendiente. Creo que me he perdido.

— *¿Tú también estas perdido...!?* — exclamó la joven.

— Si, eso creo. A juzgar por la niebla que hay fuera, me será difícil saber por dónde volver a casa... — dejó inconcluso.

— *Yo también me he perdido.* — confesó — *No sé cómo volver a casa. Nunca he visto una niebla tan densa como las anteriores.*

— ¿A qué te refieres? — preguntó confuso

— *Llevo unos días perdida, pero pude apañármelas sola, más o menos. La niebla y la tormenta no han sido tan fuertes hasta la noche anterior.*

— Entiendo.

— *Ahora la entrada de la cueva está cerrada por esta capa de hielo. Lo cual está bien, pues nos protege contra la tempestad de fuera.*

— ¿Cómo me has encontrado?

— *Ah, pues... fue una coincidencia, creo. Caminaba entre la niebla en busca de algunas cosas que me pudieran ser de utilidad, cuando la tormenta se volvió demasiado agresiva. Menos mal que encontré esta cueva bajando por la colina.* — explicaba con detenimiento

— *Entonces, frente a la colina, te vi. Parecías herido y bastante cansado, así que te arrastré como pude a la cueva con tus cosas.*

— Y te comiste mis bayas... ¿no? — respondía de forma semi burlona

— *Oye, de no ser por mi estarías hecho un polo ahora mismo, ¿no crees?*

— Razón no te falta. Gracias. — dibujaba el joven una pequeña sonrisa motivadora.

Ambos dejan paso al silencio, mientras miran a la pared de hielo que bloquea la entrada.

— La luz de los rayos del sol proyectan unas sombras azules bonitas, ¿no crees?

— *Tan bonitas como el recuerdo del cielo en un día soleado.*

— Tan motivador el cielo cian.

— *Celeste.* — mirándole.

— Si, también es un color muy esperanzador — continuaba mirando al espectáculo de coloridas sombras.

— *No tonto...* — reía la joven — *es mi nombre.*

— ¿Celeste? —le devolvía la mirada

— Celeste... — repetía el joven con delicadeza.

— *Sí...* — responde un tanto sonrojada — *¿Y tú?*

— Finn. — aclara emocionado.

— *Me alegro de conocerte, Finn.* — suspiraba con cierta tranquilidad

— *Yo también, Celeste.* — respondía tímido

Los dos jóvenes se situaban sentados ambos de piernas cruzadas. Próximos, aunque mantenían todavía la distancia, mirando cómo ríos de agua cristalina se generaban de la fina capa de hielo azul que se derretía con el calor de sus cuerpos y almas.

Intercambiaban por turnos las miradas, ocasionalmente coincidiendo ambos, creando una situación un tanto tímida, aunque tranquilizadora y reconfortante por momentos.

La luz comenzaba a apagarse, la fogata comenzaba a recobrar protagonismo, y el fuego tintaba de nuevo — con más fuerza — las paredes de un tinte naranja.

El conocido amigo silencio volvía a custodiar el ambiente entre ambos, interrumpido por el eco de las gotas de agua. La pared de hielo azul se impregnaba con el frío del concluyente día, tintando las nubes y el cielo de un negro y blanco color, respectivamente.

Pocas respuestas certeras se podían dar a las preguntas que se cuestionaban, tanto en común como entre ellos. Como si de una Hydra se tratase, cada respuesta a una pregunta solo hacía que surgiesen dos, tres o incluso cuatro más. ¿Quién sería la joven Celeste? ¿Por qué le había salvado? ¿Acaso no había perecido en paz la noche anterior? — se preguntaba el joven Finn, entre algunas de sus muchas preguntas.

Para el suicida, escapar de la muerte sería un cómico golpe de cruda y triste realidad. Qué te devuelvan la suerte que nunca se tuvo en la vida terrenal justo en el momento finiquitador. Un suceso pésimo, burlesco y nocivo de la propia vida, como cientos de las que se presentan en el día a día. Para él, sin embargo, una puerta entreabierta dejaba escapar una luminosa y emocionante luz de esperanza, pese a la deprimente y triste realidad en la que se encontraba rodeado, dentro y fuera de él.

“Realmente, cuando una puerta se cierra, otra se abre” — imaginaba metafóricamente en su imaginación.

Las luces fuera, la translúcida pared azul criando barbas de hielo y la fogata debilitándose con el tiempo. Un ambiente calmado, aunque solitario, emergía en el lugar. Separados a una gran distancia uno del otro, cada uno en un lado de la fogata, intentando evitar preguntas que pudieran incomodar, al contrario. Dos extraños jóvenes, en puro estado de crecimiento, compartían un posible viaje y destino en común, fuera de esas melancólicas y apagadas tierras en las que se encontraban.

La joven levantó su agachada cabeza y miró rápidamente al joven Finn, examinándolo de arriba abajo con detenimiento.

— *Oh Dios... per- perdóname... ¿Te encuentras bien?* — tartamudeaba la joven Celeste. — n-no me acorde de que estabas tan herido... Debería haberte curado en cuanto antes.

— No te voy a mentir — respondía el joven Finn — no me encuentro en perfectas condiciones, pero puedo mantenerme en pie — mentía descaradamente.

— No... Insisto. Tenías muy mala pinta la última vez que te examiné. Espera ahí, creo que tengo algo con lo que poder curarte...

— ¿Me has estado mirando por todas partes mientras estaba dormido? — expresaba en un tono sorprendido, preocupado y avergonzado.

La joven Celeste, que se encontraba buscando en su mochila, para de forma abrupta:

— ¡No, no, no! — responde vergonzosa. — s-solo me fijé en tu ropa... ¡nada más! — argumentaba a la defensiva.

El joven Finn decide no responder a la respuesta de la joven, que se encontraba mirándole con cierta preocupación, esperando su respuesta.

— Tu ropa estaba sucia, tus zapatos enlodados, tus pantalones encharcados y tu camisa y abrigo manchados de tierra y algo de... sangre. Espero que no haya sido una herida muy profunda. — explicaba la joven.

— Espera un momento — la ordenaba.

La joven Celeste se apresuró en sacar una serie de trapos y vendas sencillas, con alguna pomada para las heridas y comenzó a caminar hacia el chico, quien mostraba un rostro de angustia y temor excéntricos.

— De verdad, no tienes que hacer esto. — se alejaba.

— Tienes que curarte esas heridas con lo que sea, vas a acabar fatal.

— Ya se me han curado, solo tengo que esperar a que...

— ¿A qué te vuelvas a poner en peligro, como estabas antes ahí antes? — le reprochaba la joven.

El joven miraba de nuevo, causándole aún más rechazo y temor.

— Yo, no... — se mostraba confuso

— ¿Es que no lo comprendes? No te voy a hacer daño, solo quiero ver si estas tan malherido. Tengo lo que necesitas aquí.

— No lo entiendes... No puedo, solo, déjame...

— No comprendo cómo puedes ser tan egoísta y arrogante — se enfadaba por momentos. — ¡podrías haber muerto ahí fuera!

— ¡A lo mejor quiero estar muerto! — respondía entre pequeñas lágrimas.

La joven retrocede varios pasos, perpleja ante tal comentario. Sorprendida, disgustada, depresiva y desesperanzada, comienza a romper poco a poco a llorar, girándose inmediatamente de cara al joven y volviendo de nuevo a su lado de la fogata, ahora en completa oscuridad tras haberse consumido por completo.

Tras el desgarrador evento, el joven recapacita en silencio sus actos. Había condenado su única puerta abierta en esta depresiva realidad, por miedo a que descubriera la impureza que en él se presentaba en formas de heridas, sangre, pensamientos y verdades.

En silencio, agitada y respirando hondo se encontraba la joven Celeste en la esquina más alejada de la entrada a la cueva. Rascaba el hielo de la translúcida pared de hielo azul con sus delicadas uñas, dejando caer gotas de agua al suelo; algunas de ellas, saladas.

Dos toneladas de sal prensadas en la herida más profunda de su corazón asediaban la mente del joven, quien intentaba establecer un orden pacífico. No podía dejar que su infierno personificado se volviera a apoderar de él, y, mucho menos, de ella.

Miraba sus manos con detenimiento. Teñidas de un castaño rojizo color y con un olor que recordaba en carne propia el reciente y vívido trauma que sufría continuamente. Lleno de pensamientos suicidas, depresión y angustia, dejaba recorrer con libertad largos ríos que brotaban de sus dos ojos.

Recordó. Recordó que tuerto estaba, en pasado. Mirando de nuevo el suelo y a la fogata que tenía al lado comprobaba que, en efecto, y sin que se hubiera dado cuenta realmente, su ojo izquierdo se encontraba mayormente curado, como si de una mala pesadilla se hubiese tratado.

Experimentado de nuevo la conocida relación de aspecto visual humana común, comenzó a sentir una profunda empatía y arrepentimiento.

Su ojo curado, sus pertenencias — mayormente — conservadas, y lo más importante, vivo de nuevo. Renacido. Una oportunidad más. Se juró no volverse a dejar engañar por la muerte.

Respiró profundo para terminar con su sofoco repentino, tomando de nuevo el frío aire del ambiente, rellenando sus pulmones del virgen aire fresco que le rodeaba. Se levantó, y comenzó a andar de nuevo hacia la joven Celeste, echada en el frío y oscuro suelo de la más apartada esquina de la cueva.

Fracasada, incapaz y sola. Muy sola, se sentía la triste Celeste. Apoyado se encontraba su cuerpo, sus piernas y sus pechos, contra el duro frío suelo de la cueva. Memorias en diferido le recordaba cuando era feliz, bajo el celeste cielo en un día de sol, sin nubes en el horizonte, con grandes carpas de colores dibujando un paisaje de en sueño y agua tan profunda, clara, pura... casi cristalina.

Acompañada por la fauna local del bosque se encontraba elaborando valiosos recuerdos que perdurarían por años y años en su memoria, tan excelente como la de Finn, tanto para lo bueno como para lo malo. Ahora, encerrada, sola y hundida se encontraba, en un sitio remoto, desconocido total, unas tierras solitarias, sin vida y sin recuerdos. De memoria vacía, de corazón muerto.

— Lo siento. — se disculpaba el joven Finn con voz pesimista. — No... no era mi intención...

— *No quiero estar sola...* — respondía sin ilusión.

— Yo tampoco quiero estar solo... — confesaba en silencio.

— No... no puedo seguir... No puedo con esto sola... No, aguantaré en este sitio, no soy capaz de que las cosas funcionen... Y-yo, n-no soy...— suspiraba la joven acercándose al sollozo.

— No digas eso. Mi ingenuidad no debe tener ningún peso en tu consciencia... — asumía Finn.

— Verás, no he salido a dar un paseo por la noche como cualquier otro. Mi paseo se extendía a un tiempo y distancia infinitos. No tengo un “hogar”, o por lo menos, tenía un lugar al que podía llamar hogar. — confiesa el joven — Todo fueron problemas desde que murió mi padre... Mi madre contrajo una grave problema psicológico, no estoy muy seguro de cual. El hospital no quería compartir muchos detalles conmigo tampoco, seguramente porque era demasiado pequeño por entonces. Eran problemas tras problemas, y... yo... no podía aguantar más los abusos recurrentes de mi madre, y ten piedad Dios que hice todo lo posible por ayudarla y mantenerla. Pero ya no era ella misma, se había convertido en una especie de... de... máquina de pesadillas. Abusaba constantemente de mí, mientras que yo intentaba cuidarla con medicaciones que se hacían más inútiles conforme la situación empeoraba. Cometí el peor error que te puedas imaginar. No soy capaz de quitármelo de la cabeza. Ni incluso muerto... y resucitado. Ya no tengo valor, ni verdad, ni razón en este mundo. Ni siquiera un lugar al que llamar hogar. Ya no. No existe. Me escapaba como podía, pero me terminaba encontrando. Intentó acabar conmigo — relata con voz pesimista — y, por puro miedo y cobardía, tuve que... acabar con ella.

Ambos mirando a lados diferentes, callados durante unos largos e infinitos segundos. La joven Celeste, con ojos húmedos y boca entreabierto, reflexionaba en silencio sobre las palabras del joven Finn, que seguía roto tanto por dentro como por fuera:

— Si quieres empezar a olvidar tus pesadillas, tendrás que empezar cerrando los cabos sueltos, ¿no? — argumenta la joven, rompiendo el silencio.

El joven no responde.

— Déjame ayudarte. Por favor.

El joven Finn reflexiona profundamente la petición de Celeste, que, tras pasar por diferentes pensamientos de todo tipo, terminó aceptando con cobardía, inseguridad, miedo y, sobre todo, vergüenza.

Comenzó a desvestir cuidadosamente al joven Finn. Primero, su abrigo frío, húmedo y sucio. Luego, su camiseta teñida de un rojo marrón. Comenzaba a quitar, botón por botón, revelando su juvenil pectoral, poblado por un par de pelos todavía en crecimiento. La camiseta comenzaba a dividirse en dos, mostrando más de su genuino cuerpo. Su piel se mostraba manchada de diversos colores. Castaño, de la suciedad que adquirió al bajar de malas maneras por aquella pendiente; rojo, de la sangre que manchaba su alma; y negro, como el carbón, adherido la suciedad de aquel mortal revólver.

Limpia cuidadosamente las manchas, lo que le produjo ciertas cosquillas. Sin embargo, su expresión se mantenía neutral, esperando a lo que venía a continuación.

Finalmente, desbrochada la camiseta, retiró las mangas de sus hombros, dejando ver un horroroso y triste recuerdo vívido.

La joven Celeste miraba perpleja aquellas vistas tan violentas. El joven, de virgen y definido cuerpo era atravesado por diferentes rosales florecientes, dejando en su cuerpo heridas profundas de donde emanaban ahora los solidificados pétalos rojizos de sangre. Un gran y profundo corte, del cual rojas y marrones cintas solían salir por doquier, se hacía presente en el costado y continuaba, superficialmente, algunos centímetros más en dirección al centro de su pecho.

Celeste, avergonzada y empática por lo que acababa de hacer, comenzó a romper a llorar desconsoladamente, sofocando con las manos en el suelo y la cabeza agachada. Sus pantalones se mojaban de las puras e inocentes lágrimas de la joven, que seguían su curso hasta el frío suelo de la cueva, congelándose al hacer contacto.

Finn, compasivo y sentimental, comienza a dejar escapar las primeras lágrimas antes de romper a llorar. Se acerca a Celeste, coge con extremada delicadeza y lentitud su mejilla y levanta su cabeza. Ambos comparten miradas enfrentadas, los ojos de ambos relucen como perlas transparentes con la poca luz del lugar. Seca con cuidado las lágrimas de su suave mejilla, compartiendo una sincera, inocente y motivadora diminuta sonrisa.

— Apenas te conozco, pero ya sé que vales mucho más de lo que pretendes aparentar. — aseguraba Finn — No quiero que este lugar acabe contigo.

Celeste, con rostro de exclamación, emoción y esperanza, se fija en la reconfortante y motivadora pequeña sonrisa de Finn, devolviéndole casi al instante, de forma progresiva, una sonrisa de pura emoción, felicidad, empatía y, sobre todo, esperanza.

Se secó el resto de su cara y, con una sonrisa esperanzadora, dulce y contagiosa, comenzó a curar la herida del joven Finn, quien miraba al techo, con los ojos cerrados, seguía sollozando.

Era cierto que las vendas y las medicinas le causaban un escozor, pero esta vez, sería la primera vez que sus lágrimas caían de sus ojos por una buena razón. Una dulce y esperanzadora razón.

Aplicadas las vendas purificadas, Celeste agarró la mejilla del joven y le agachó la cabeza, una vez más compartiendo las miradas. Celeste acercó su dedo y comenzó a secar las mejillas del joven Finn, que devolvía una mirada de afecto.

Con una sonrisa en la boca, rostro húmedo y mirada triste, deprimente, pero amistosa, se formaría esa misma noche una gran y fuerte relación de amistad, de las más puras e inocentes de todas.

Le limpió un poco el abrigo; él se deshizo de las manchas de su camiseta. Se volvió a vestir, ahora, sin ninguna preocupación de la que poder esperar de sus sanadas heridas.

El fuego quemaba las últimas ramitas del tronco, indicando una oportuna hora para irse a descansar.

Finn sacó un par de pequeñas bufandas, al estilo de mantas, de su mochila y las repartió entre los dos. Celeste recogió unos cojines que llevaba en su mochila, aparte de su saco de dormir, y las repartió también entre los dos.

Continuaban separados, cada uno en su extremo de la cueva, pero más juntos que nunca, en una amistad que perduraría por tanto tiempo como aquellas tierras lo dictasen.

Todavía le faltaban muchas cosas por responder y muchas preguntas que hacerse.

Me pregunto cómo se vería el sol en un planeta donde no hay apenas luz.

Donde la vegetación no se apodera de las largas y anchas tierras, translúcidas al pasar por las densas nubes blanquecinas de puro frío y soledad que, poco a poco, engullen la mínima y delicada, aunque detallada y virgen vista que se permite dejar ver entre las partes más altas de las cumbres de diorita, custodiados por los silbidos del pasajero viento.

Donde árboles ya no pueblan los campos y valles del que, posiblemente, podría haber sido un precioso mundo. Donde el agua es inexistente, reemplazada por una delgada capa de hielo azulado. Donde el único olor distinguible es el conocido y temido olor del miedo, la angustia y la soledad.

Seguía habiendo densas nubes blanquecinas de puro frío, pero ahora estaba en compañía.

La mínima y delicada, aunque virgen y detallada vista continuaba siendo engullida, solo que ahora veía el doble.

Los árboles y el agua parecían no existir, hasta que el calor entra en juego.

Donde el único olor distinguible es el conocido y temido olor del miedo, la angustia y la soledad seguía siendo una pura verdad, solo que ahora las afrontaba en compañía.

Hacía frío. Mucho frío. Pero sin dudas, ahora lo hacía menos.

Mucho menos.

CAPITULO 4

LUCES DE LA PROFUNDIDAD

El telediario matinal abría de forma escandalosa. Palabras como “tragedia”, “homicidio”, “rastros”, “perdido” ... se emitían por el frío aire de la polis, escuchadas por los cientos de televidentes locales, a esperas de nueva información con la que entretenerse, aunque no importante para sus vidas.

Unos pocos, contables rayos de luz más penetraban por la densa capa de nubes negras como el carbón, iluminando de nuevo aquella pared de hielo azulado.

Un débil pero persistente rayo de luz iluminaba el rostro del joven Finn, que comenzaba a despertarse con un poco más de fuerza que con la *siesta* de la noche pasada. ¿Será que todo había sido un sueño? ¿Habría simplemente acabado muy cansado la noche anterior? No recordaba qué tendría que haber hecho por la tarde. Parpadeaba con fuerza para enfocar mejor la vista, visualizando una vez más la pared y techo de fina piedra lisa y, sin quererlo, recordar de nuevo aquellas malas experiencias, pesadillas e incluso traumas que perduran en su memoria, a modo de herida, tanto psicológica como física.

Recordaba, recordaba cosas. Muchas cosas. Miró a su derecha para encontrarse con la resaltante figura. La joven Celeste dormía pacíficamente, arropada dentro de su saquito de dormir, respirando hondo, pero silenciosa, a ritmo constante. Entonces, dejó de recordar, y empezó a vivir.

Se retorció ligeramente en las pequeñas y finas sábanas que Celeste le proporcionó aquella noche. Intentó levantarse sin hacer ruido, arrastrándose cada vez un poco más lejos de donde dormía en paz la joven Celeste.

Una vez en pie, examina los alrededores de la zona. La enorme pared de hielo azulado sangraba ríos de agua por algunas de sus esquinas. Los restos de la fogata consistían en un par de palitos blancos y montones de ceniza, organizadas en forma de estrella. Al fondo, una de las entradas de la cueva parecía ir hacia abajo, muy abajo. A las profundidades.

Fijo en aquella puerta en la oscuridad de la cueva, como si de un abismo se tratase, se encontraba el joven Finn. Se imaginaba no hace mucho, una mazmorra, un templo escondido en las profundidades. Musgo, vegetación, agua, pasillos de piedra infinitos... “¿Qué es lo que habrá en las profundidades?”, planteaba el joven Finn.

La curiosidad le reducía la cordura por momentos. Débiles brisas le acariciaban el rostro, invitándoles a sumergirse en aquel abismo sin fin.

Volvió a mirar hacia atrás. Celeste perduraba en aquel plácido sueño.

Las gotas que se escuchaban caer en el negro abismo de la entrada se manifestaban en una melodía para su alma interior. Una brisa que le recorre el pelo, una débil luz que se refleja en las paredes de la húmeda entrada.

Finn se acercó lentamente a la puerta de aquel oscuro abismo, poco a poco adentrándose. Podía escuchar como el canto de la brisa ascendía en volumen y tono. Sentía como nunca antes que algo le llamaba en aquellas profundidades. Tal vez una simple equivocación, ¿o una llamada del más allá?

El ambiente se hacía más oscuro y húmedo. La luz desaparecía conforme avanzaba por aquel túnel. Las pisadas se hacían cada vez más cortas, la vista cada vez menos efectiva. El sonido le acompañaba como único medio guía.

Pero hasta su único medio guía resultaba ser un peligro más dentro de estas tierras olvidadas.

Antes de dar el siguiente paso, una tenaz mano agarra a Finn por detrás y lo hace retroceder. Evita así que pudiera resbalar y caer en aquel infinito abismo sin fondo unos pocos centímetros más adelante.

— ¿No se te puede dejar solo, eh? — le re Celeste.

Finn mira a Celeste. Su pelo está algo enredado, su abrigo celeste ligeramente arrugado. Su inocente rostro cargaba un sentimiento de inquietud como nunca antes visto.

— Te salvo... Te curo las heridas, te dejo dormir con mis cosas... ¡y ya te quieres marchar! — contestaba un tanto enfurecida y triste.

— ¡No, no! No es lo que parece... Solo quería estar seguro de que no había ningún peligro al otro lado... ¡de verdad te lo digo! — respondía avergonzado

— Peligro hay, desde luego... Más que nada porque eso lleva a una caída un poco larga. — argumenta. — y visto lo visto, caer de altos precipicios parece llamarte la atención. — comenta sarcásticamente, levantando una ceja.

Finn le responde sarcásticamente, sin gracia.

— Oye, lo siento por lo de tus bayas... Pero explorar por caminos separados solo hará esto más difícil... — responde con la mirada perdida, tono cansado.

— Te lo prometo, Celeste. — ambos comparten miradas. — Tengo mucho por lo que darte las gracias, acompañarte es lo mínimo que puedo hacer por ti.

— Vale, vale — respondía calmada — pero tampoco te pongas tan afectivo. Solo es una tormenta... — le decía, entre tartamudeos, cabeza baja, voz mínima, triste y melancólica. — ... *eso espero...*

Finn le pone la mano gentilmente en el hombro, mostrando una pequeña pero honesta sonrisa de confianza.

— Saldremos, ¿vale? Te lo prometo.

Celeste mira de nuevo a Finn. Sus ojos son como dos cristales relucientes, con limpios y puros colores de su iris, refleja una pequeña lágrima de tranquilidad y seguridad. Una larga sonrisa acompañada de rojas mejillas con un pequeño rastro de rojizas pecas vuelven a brotar en su cara.

La joven Celeste se seca las pequeñas lágrimas de sus ojos y le indica que se acerque a la fogata.

— Vamos a prepararnos. — le aconseja Celeste.

Vuelven al vestíbulo de la cueva, que ha perdido unos cuantos grados de temperatura. Celeste saca un pequeño mechero de uno de sus muchos bolsillos e intenta encender la fogata de nuevo, con la esperanza de que todavía quedara suficiente energía en esos palos ya consumidos como para terminar el desayuno. Finn, de vez en cuando, la echa un ojo mientras recoge la sábana, la almohada y el saco de dormir.

— ¿Acaso fumas? — preguntó con poca razón.

— No, para nada. — responde interesada, mira al mechero en su mano. — Es parte de mi equipo de escalada y supervivencia. Soy una experta en ello — explica — *...bueno a lo mejor no tan experta...* ¡Pero estoy en ello!

— Ya veo. Seguro sabes mucho. No por nada tendrías cientos de cosas en esos bolsillos, me hubieras rescatado e incluso curado... ¡Yo ni siquiera me paré a pensar si esas bayas eran venenosas! — se ríe de sí mismo.

— Son un tipo de bayas rojas bastante comunes por esos bosques de pinos. Suelen crecer en abundancia con el frío, pese a las bajas temperaturas y condiciones. Las conozco por que solía ir de niña paseando por aquellos bosques. Siempre traía algunos de vuelta a casa. Claro que después, no estarían contentos con el que me hubiera ido de casa sola... *ellos... solían enfadarse...cuando volvía tarde...* — explicaba cada vez más lento, con cierta pesadez en las palabras y una voz más fría — ¡Pero igual yo lo hacía! Siempre me ha gustado explorar; creo que sería una buena aventurera. Imagínate cuantos lugares ocultos existen en este planeta, esperando a ser encontrados... ¡Sería fascinante encontrar lugares perdidos! Templos bajo el mar, en la jungla, en el desierto... Civilizaciones subterráneas... ¡Portales a otros mundos! — se reía — ¿No sería genial?

La fogata se enciende.

— Verdaderamente lo creo, Celeste. A veces imagino todas las cosas que puede tener escondido este mundo para aquellos que deseen esforzarse en encontrarlos. Solía ir a todos los lugares que podía en cuanto se me daba la ocasión. No fueron muchos, pero a los pocos sitios a los que he ido puedo decir con certeza que han sido experiencias inolvidables. Si que hay un mundo mágico detrás de este mundillo de la exploración. — relata. — Ciudades ocultas, monumentos oceánicos, mazmorras sin fin, ¿Quién sabe lo que puede estar oculto entre las más altas de las nubes?

— ¡Un castillo secreto! ¡Hecho de nubes mágicas! — respondía con ilusión e imaginación.

Ambos ríen de forma compasiva.

- Mientras el hielo de la puerta se deshace lo suficiente como para romperlo a mano, vamos a investigar ese sitio que tenías tantas ganas de investigar. Toma.

Celeste saca de otro de sus bolsillos un par de bayas más, acompañadas de un pequeño frasco con agua.

- Pensé que eran más... — le echaba en cara.
— Como experta que soy en esto, me tomaré la molestia de organizar yo estos recursos, ¿te parece bien? — con cara burlona.
— Si, claro...

Apagaron la fogata tras calentar algunas de sus prendas. Celeste rellenó las botellas con el agua cristalina que brotaba del hielo, aunque no parecía fluir demasiada como para rellenarla con una cantidad considerable. Finn desayunó las suficientes bayas para el camino. Ambos se encontraban en la entrada de aquel abismo negro.

Comenzaron a descender por el túnel, siendo consumidos por la negrura de la abstinencia de luz. A los pocos pasos, se pararon.

- Cuidado, estamos cerca. ¿Puedes agarrarme la mochila?
— Claro. — respondió Finn.

Nada más coger la mochila, Finn quedó sorprendido. Llegó a tambalearse un poquito, al no esperarse que la mochila de Celeste pudiese albergar tal cantidad de peso. “Si que tiene que haber venido preparada.” Se dijo Finn.

Celeste sacó de la mochila una especie de linterna. Parecía algo desgastada. Abrió la tapa frontal de esta y conectó un par de cables, apretó con fuerza y cerró de nuevo la tapa. A continuación, sacó de su mochila una cinta gris, con la que recubrió la floja tapadera que no se podía mantener por sí misma encajada en su sitio.

Abrió el compartimento trasero de la linterna e introdujo un par de pilas, que sacó de uno de sus bolsillos. Muchas de las cosas que solía sacar se encontraban en dos bolsillos de gran tamaño a cada lado de sus caderas, a modo de cinturón multiusos, el resto de cosas las guardaba preferentemente en su mochila con tal de no añadirse más peso en dichos bolsillos.

Accionó la linterna, creando una ráfaga de luz que salía de esta misma y terminaba engullida por la profundidad del túnel.

- Dame la mano, no te vayas a resbalar con la humedad del suelo. — le explicó — No te pienses nada raro. — dijo con una risa tonta aunque seria.
— No vaya ser que me pierda, ¿no? — respondió de forma tonta.
— Que yo sepa no he sido yo la que casi se cae por un precipicio... — recalcó de forma cómica.

Continuaron bajando por aquel negro túnel, examinando los alrededores con la linterna. Pequeños fragmentos de amatista y esmeralda relucían con fuerza al ser alcanzados por la linterna, emitiendo su distintivo color propio por las paredes. El suelo seguía húmedo, lo que forzaba que tuvieran que andar con cuidado. Unos instantes después, se encontraron con aquel precipicio de nuevo. Celeste sacó de su mochila una firme cuerda marrón, que comenzó a atar alrededor de una puntiaguda piedra apartada.

— Vamos a tener que bajar con cuidado. — advirtió — Es sencillo, solo pásate la cuerda por la cintura y átatela bien. La bajada no durará más de seis o siete segundos.

Celeste terminó de atar la cuerda a la musgosa y puntiaguda piedra de la pared.

— No es particularmente seguro, pero creo que nos valdrá.

Finn comienza a bajar por la cuerda con la ayuda de Celeste, que le supervisa con cuidado que la cuerda no se desate. Una vez Finn toca el suelo, Celeste le ordena con una seña que se desate de esta. La cuerda comienza a subir de nuevo todo el recorrido.

— Creo que veo un rastro como de flores de colores por aquí abajo.
— ¿Flores? ¿De colores? No es posible, no deberían poder sobrevivir aquí abajo en estas condiciones. — razonó. — Ahora bajo.

La cuerda volvió de nuevo a su punto inicial. Celeste se ató a la cuerda y comenzó a descender haciendo rápel junto a la pared de piedra. Conforme baja, puede distinguir algunos patrones de colores creados por las flores del suelo.

— ¡Oh! ¡Es verdad! Y además son bastante más brillantes para lo que deberían de ser. Es decir, no deberían ser brillantes para empezar...
— Me pregunto a donde llevaran. — pregunto Finn.
— No muy lejos, pero allí donde este el resto de las flores seguramente haya algo de luz. Tal vez encontremos algo... ¡Vamos!
— Te espero. — respondió Finn.

Finn devuelve la mirada a Celeste, que va por la mitad del trayecto de bajada.

— Si que no mentías cuando decías que eras una experta en esto.

Celeste ríe inocentemente.

— Gracias, he estado practicando mucho.

La cuerda se atasca. Celeste se para en seco. La pared parece vibrar.

— Vaya... y en el mejor momento.

Inspecciona la cuerda.

— Parece que la cuerda está algo tiesa... Será que ya esta vieja.

La cuerda da un pequeño salto y se vuelve a parar. Un sonido de palanca suena, como si se hubiese accionado. Sonidos de mecanismos y pistones comienzan a retumbar debido al eco del túnel. Sin previo aviso, una gran masa de roca choca contra la entrada de la cueva por donde habían entrado originalmente, causando que Celeste se tambalee.

— ¿Estas bien Celeste? — preguntó Finn preocupado.

— Sí, sí, pero... ¿Qué ha sido eso-?

Una fuerte onda sonora comienza a inundar la cueva, que por la acción del eco hace retumbar las paredes y la cuerda. Celeste intenta mantenerse estable. Sin embargo, un sonido parecido al de un látigo siendo atizado provoca un sentimiento más aterrador que lo que estaba pasando en ese momento.

La cabeza de la cuerda aparece por encima del borde de la superficie del precipicio, disparada a una gran velocidad. El resto de la cuerda y la joven Celeste comienzan a descender con rapidez.

Cayendo se encontraba, por un largo pozo, un abismo negro sin fin. El largo grito que deja escapar le hiela los pulmones y la mata poco a poco por dentro.

Celeste cae. Su mano está extendida, pero por más que lo intenta no llega a agarrarse a nada. Su largo pelo flota en la nada. Parece ver las cosas en cámara lenta. Se encuentra completamente sola, dentro de su ser. Y cae por ese abismo infinito, pensando en todo lo que había vivido hasta entonces. Su corazón se envuelve en el frío de la cueva y tanto el sudor de su frente como el de sus ojos comienzan a caer más lento que ella, dejando un rastro de líquido cristalino, tan bonito y reluciente como deprimente.

Sus mejillas sonrojadas se vuelven pálidas. Vencida, cierra los ojos por última vez. Imagina una vez más. Imagina flotar en el espacio, imagina dormir en la nieve de las altas montañas nevadas. Imagina ver de nuevo la luz, el color, las blancas nubes, el cielo azul... celeste.

Finn reacciona como puede para minimizar el impacto. Ya no le queda apenas tiempo. Celeste cierra los ojos y respira profundamente.

“Lo siento”. Piensa en silencio. “Ha sido solo un error”. Argumenta. “Ahora estarás solo, aquí atrapado, por mi culpa...”. Reflexiona. “Perdóname, por favor”. Se disculpa.

Impacto.

Pulso.

Pulso.

Pulso.

Pulso.

El corazón de Celeste late. Abre los ojos.

Al principio no ve nada, pues los abre con mucha delicadeza. Ve colores, ve líneas, ve detalle.

Ve a Finn.

Agarrado tenía Finn a Celeste, con ambos brazos recogida, como si caída del cielo hubiera aparecido. Con una mano aguanta su espalda; y con otra por debajo, sosteniéndola por las caderas, el resto de su cuerpo. Sus piernas están abiertas, extendido el resto del cuerpo, su cabeza en buen reposo.

Su cara muestra terror y angustia, con restos de lágrimas en sus mejillas con pecas.

— ¿Estás bien? — pregunta Finn, un tanto preocupado.

Su corazón late a un ritmo desmesurado. Sus mejillas vuelven a sonreír rojo con pasión, su cuerpo irradia un calor corporal muy potente. Asustada, voz baja, responde.

— ¿C-Como? — pregunta angustiada.

— Has caído tres metros...

— ¿Te-te-tres me-me-metros? — alza la vista.

Apunta lentamente, con la mano temblorosa y el pulso infinito, hacia la pared por la que bajaba.

En efecto, solo había caído poco más de unos tres metros.

Retoma la mirada en Finn, quien analiza atentamente y con detenimiento.

Es capaz de notar la suavidad y la delicadeza de la naturaleza de su cuerpo. Sus piernas, bien definidas dentro de ese pantalón marrón, se dejan ver ligeramente por la zona cercana a sus pies, que terminan en dos botas negras. No imaginárselas sin esos gruesos pantalones de montaña sería imposible.

El abrigo celeste que llevaba está entreabierto, dejando ver una camiseta blanca, un colgante y una gentil parte de sus pechos. Unos pechos magníficos, espectaculares, de en sueño. Un tamaño perfecto, una proporción adecuada, un color enamorable. Casi podía imaginarse como de achuchables se tenían que sentir. La mágica distracción le dejó embobado durante segundos y segundos y segundos, casi a modo de recompensa.

Seguía subiendo. Unos brazos pulcros pero fuertes. Unos hombros bien tratados, un rostro de asombro. Finn se retractó de la vista prolongada, dejando de ver inmediatamente su cuerpo y centrarse en su mirada, que compartió en conjunto con unas mejillas sonrojadas.

El rostro de Celeste se revela puro, como si de una fina porcelana se tratase. Sus bellos ojos entreabiertos comparten una señal de seguridad. Su achuchable nariz y mejillas parecen estar pálidas. Su boca entreabierta, entre sus dos delicados labios deja salir una pequeña brisa de viento, que da comienzo a un rastro de nubes blanquecinas a su paso. Celeste termina de abrir los ojos, que concentra

en la cara de Finn, a lo que responde muy avergonzado. Celeste lo mira con una mezcla de sorpresa, timidez y simpatía.

— Oh, perdóname... La situación... Deja que te ponga en pie... — intentaba disculparse.

— *No, no... está bien.* — responde con tranquilidad.

Ambos siguen compartiendo las miradas. El cuerpo de Celeste irradia calor y un sentimiento de seguridad. Finn puede notarlo. No pueden dejar de mirarse. El brazo de Celeste está apoyado contra su pecho, su mano está sobre sus caderas. Unos largos e infinitos segundos pasan de improvisto, perdiendo la mirada y volviéndola a encontrar por segundos, mientras hiperventilan para sincronizarse con la temperatura de la cueva en la que todavía siguen.

Celeste deja salir un suspiro de alivio. Le da la mano a Finn, que le incorpora hacia delante y le ayuda a quitarse el resto de la cuerda.

Ambos examinan detenidamente el panorama: La cuerda está partida por la mitad, resultando en dos tercios de cuerda reutilizable restante. La salida, aunque inaccesible, parece además cubierta por una roca gigante, a unos pocos pasos del abismo superior.

Celeste agarra su brazo con su otra mano y pierde la vista en sus pies, de vez en cuando mirando de reojo a Finn, que realiza acciones similares con la cabeza gacha. Ambos se cercioran por casualidad que una especie de círculo parece haberse generado alrededor de ellos. Un círculo construido por pequeñas flores de colores, unas más brillantes que otras, formando un aura. Ambos siguen respirando hondo, notan como el calor que sale por sus bocas parecen de alguna forma encender las flores, haciéndolas más brillantes.

El dúo vuelve a compartir las miradas, momento en el que las flores de colores comienzan a brillar, formando un patrón que parece indicar un camino, que continúa en la profundidad de la cueva.

Ambos son espectadores del suceso. Sus ojos se iluminan con la luz de las flores, que se encienden de un color diferente; celeste cerca de la joven; y naranja cerca del joven.

El calor corporal se estabiliza. Celeste se ajusta un poco el pantalón y cierra el abrigo. Nota una pequeña molestia en la cadera. Mira de forma seria pero graciosa a Finn, indicando con la mano que va a tirar de su pantalón. Finn accede algo avergonzado, desviando la vista a otro lugar.

Celeste abre un poco su pantalón, notando una moderada herida superficial causada por una enorme rozadura con la cuerda que llevaba atada, posiblemente una mezcla de la fuerza ejercida cuando la cuerda se partió y por lo vieja y desgastada que estaba la cuerda.

Alcanzó la mochila de su espalda con dolor y comenzó a rebuscar entre los múltiples compartimentos divididos que tenía en busca de la botella. Cuando la alcanzó, la examinó durante unos momentos antes de abrirla. Se bajó ligeramente el pantalón un poco más que antes, dejando ver un segundo pantalón térmico, además de una pequeña prenda de color azul pálido con líneas blancas horizontales que sobresalía ligeramente. Celeste se mojó las manos y la cintura con el cuidado de utilizar todo el

contenido posible sin desperdiciar ninguna gota y comenzó a tratarse con cuidado la herida. Finn, desobedeciendo la orden impuesta, la miraba de reojo a ratos.

Celeste se dio cuenta de esto, y se lo hizo saber devolviéndole una mirada seria pero sonrojada. No le dio mucha importancia, volviendo a centrarse en secar el resto de la herida. Cogió una delgada pero larga tela blanca y se la puso alrededor de la pierna, a modo de venda. Continuó subiéndose los dos pantalones, y devolvió la mirada a Finn todavía con las manos en estos.

— Voy a tener que desinfectarme esto, por si acaso. — dijo con un tono un decepcionante y avergonzado. — veamos si podemos encontrar algo más con lo que pueda apañarme bien. No creo que con lo de la botella haya servido.

— Claro, vamos. — tartamudeó ligeramente — déjame que te ayude.

Finn le cogió la mochila a Celeste, pues dedujo que no podría recuperarse bien después de la caída si llevara mucho peso durante el trayecto.

Ambos caminan por un gran túnel, adentrándose cada vez más en la profundidad de la cueva, siguiendo el camino alumbrado por las flores de colores brillantes, ambientado por un sutil sonido de cascada y despejando el camino con la linterna de Celeste, que camina de forma un tanto interrumpida.

El túnel se extendía hasta desvanecerse en la negra niebla de la oscuridad, el trayecto era largo.

— Espero que podamos salir. — confesó preocupada.

— Tiene que haber alguna salida al otro lado. — le consuela.

— Debería, a juzgar por esa cantidad de agua que se escucha caer. Pero no estoy tan segura...

— ¿Por qué? — preguntó Finn.

— Porque todavía seguimos bajando...

Finn da un pequeño giro y se da cuenta de que el túnel por el que bajan tiene una pendiente, indicando de que era cierto el que estaban todavía bajando. Volvió a mirar al frente.

— No es como si pudiéramos volver por donde hemos venido, ¿sabes? — le reprochó Celeste.

— Solo nos queda bajar, ¿acaso tienes otra mejor idea? — le cuestionó

— Es nuestra única opción... ¿Por que se tuvo que romper esa maldita cuerda!

— Dijiste que estaba algo vieja, se habrá partido por el peso. — Finn aparta la mirada a otro lado.

— ¿Insinúas algo? — responde furiosa.

— ¿Yo? Nada, nada... — sonríe.

— No puede haberse roto tal cual... aunque sea vieja es una cuerda precisamente fabricada para durar mucho tiempo y aguantar bastante peso. Tiene que haber sido otra cosa...

— Bueno, la salida está bloqueada por esa piedra tan grande — recuerda — supongo que podría haber sido por eso.

- Juraría haber escuchado algo ahí arriba. ¿Tú no lo escuchaste? — pregunta Celeste con un tono elevado.
- Con todo el eco no se escuchaba bien, pero, creo haber escuchado algo así como un... ¿botón? — intenta pensar en base al recuerdo pasado, sin éxito apenas.
- Más bien una palanca — le corrige Celeste — sonaban como unos pistones... o algún tipo de polea. Debían de estar cerca. Muy cerca.
- Como algún tipo de mecanismo... ¿Piensas que estaba planeado? — preguntó Finn.
- No, al menos no de la manera en la que nos lo hemos topado — consideró Celeste — probablemente debería haber buscado más a fondo antes de proceder...
- ¿Y cómo se supone que tendrías que saber que eso accionaba algo? — pregunta Finn, curioso.
- ¡Y yo qué sé! ¿Por qué estamos en este sitio en primer lugar? ¿¡Acaso algo de esto tiene sentido!?! — Celeste se exalta.

Ambos se mantienen en silencio durante unos momentos, dejando que el sonido de sus pasos engulla la situación. No hacen contacto visual de forma directa, pero sí que desvían la mirada uno en el otro.

Celeste rompe el silencio disculpándose.

- Perdona, no era mi intención.
- Ya lo sé... Parece una pesadilla. — le aclara Finn.
- *Y todo por esa maldita tormenta...* — responde Celeste susurrando.
- Nunca había visto antes una tan grande como esta. Ha ido congelando todo a su paso, y lo peor es que parece que nunca se va, ni deja que la luz llegue tan siquiera al suelo.
- Cierto es su cualidad tan extraordinaria. — le defendía Celeste — creo que de todas las veces que he ido fuera al bosque nunca me he topado con ninguna como esa. Es muy violenta, casi como si quisiera que nos alejemos de algo, tal vez del bosque. Pero al mismo tiempo, es tan imprevista y esporádica que hace que no tengas otra alternativa más que adentrarte en él.
- Parecía como si me estuviera empujando a entrar, a mí la tormenta me alcanzó prácticamente por la espalda. — dijo Finn.
- Que coincidencia, a mí también me alcanzó por la espalda. — respondió Celeste con curiosidad.
- Cuando vi el cielo aquella noche, la tormenta parecía rodear el bosque a modo de arco, con una extensión considerable. — recordó Finn — Supongo que empezó desde atrás y siguió consumiendo el cielo hacia el frente.
- No puede ser... Yo entré por el norte del bosque y también había una tormenta con forma curva. Y, a juzgar por donde terminaste aquella noche,

la dirección de aquel precipicio sugería que venías del oeste... — reflexionó Celeste.

— Ah, bien pensado. — le confirma Finn.

— Entonces, eso quiere decir que lo que vi a la lejanía debía de ser otra parte de la tormenta. La tormenta entonces debe de tener una forma de anillo, según lo que me dices. — deduce Celeste.

— Un anillo que se cierra por todos los lados... Hacia el centro.

— Y el centro está... — piensa Celeste.

— ¡En la montaña! — responden sorprendidos ambos, mientras comparten miradas.

El silencio reina de nuevo en el túnel. Finn retoma la palabra.

— Puede ser una posibilidad.

— ¿Qué tendrá que haber en esa maldita montaña? — se cuestiona a sí misma.

— Sabía que esa montaña tenía que ver con algo. La más alta de todas, un gran árbol en su centro, el único lugar donde parece que la tormenta se rompe y se desintegra... — dijo Finn.

— La verdad, ahora que lo dices parece bastante evidente. — se reía momentáneamente Celeste. — pero no solo no sabemos cómo de lejos estamos de ella, si no que tampoco sabemos cómo vamos a salir de aquí.

— Está un poco lejos. — le explica Finn — La última vez que la vi estaba en dirección sureste, pasando por un río. La niebla tampoco es que me lo pusiese fácil a la hora de ver en ese momento.

— Nada parece fácil aquí. — se lamentaba Celeste — Esto es injusto... ¡No he hecho nada para merecer esto...!

— No creo que pueda decir lo mismo... — agacha la cabeza.

— Ya lo sé Finn, ya lo sé... No te mortifiques mucho por ello. — le intentaba consolar.

— Aquella noche tan despejada, sin apenas nubes, cielo estrellado, luciérnagas por doquier... ¿Qué se supone que estabas haciendo tú? Todavía no me has contado nada de ti. — preguntaba Finn extrañado.

— ¿De mí? — parecía emocionarse — Bueno, estaba paseando por el campo, como suelo hacer en cuanto terminan las clases. Me ayuda a relajarme. — explicaba — Después, con toda la nieve que había caído en el campo, pensé que las bayas de los bosques deberían haber brotado ya por estas fechas. Se supone que tenía que ir a los pequeños arbustos que hay cerca del pueblo, pero oí hablar de que en este bosque había muchas bayas de estas. Me advirtieron de que pasaban cosas raras en este bosque, que había una especie de maldición, o algo por el estilo... No confiaba mucho en la gente del pueblo, no creo que les cayese bien de igual forma. Me dijeron que no dijese nada de lo que había escuchado, y después se marcharon.

Se tomaba una pausa.

- Era de día por entonces. No me gustaba la idea de que me mirasen cerca de los arbustos de la plaza, y como tampoco eran muchos, me acerqué al bosque. No tenía ganas de quedarme mucho tiempo, pero parecía todo tan vivo... Había ríos que fluían con fuerza, animalillos, pajaritos, arboles con hojas rosas y blancas, y arbustos repletos de bayas. Ese lugar te absorbe. Terminé adentrándome en la profundidad del bosque. Era precioso: Había un lago con una pequeña isla en su centro, había una pequeña capa de nieve y el suelo brillaba con la luz del sol. Casi sin darme cuenta comenzó el anochecer y esas nubes con forma rara comenzaron a aparecer. No le di mucha importancia porque confiaba en que sabía por dónde volver. Estuve un buen rato caminando mientras recogía las bayas conforme pasaba cerca de los arbustos. Pero no entiendo cómo, el camino seguía siendo muy largo; y ten por hecho de que no me había perdido. Parecía que estaba todo el rato dando vueltas. Y la noche no ayudaba tampoco. Podría haber sido sin duda la causa de todo este problema, pero todavía no me puedo creer que no hubiera visto la salida. Es como si hubiera arboles por donde antes había camino...

Reflexionaba conforme le contaba.

- No veía apenas nada y estaba un poco asustada por si me perdía. Empecé a comerme unas cuantas de las bayas para relajarme: Eran realmente llamativas, rojizas y con un delicioso sabor. Pero entonces vi una especie, no de foco de luz, pero como de claridad al otro lado del bosque. Me fui acercando poco a poco para poder ver con más exactitud lo que era. Supuse que alguien tendría que estar al otro lado, que tal vez me pudiese ayudar a salir con más facilidad. Una niebla comenzaba a conquistar mis alrededores y esa claridad que tanto ansiaba ahora se encontraba iluminando a la densa niebla. Estaba todo nublado, y mirando hacia arriba solo veía nubes grisáceas. Sin precedentes una tormenta empezó a azotar con una fuerza bastante moderada a lo lejos, donde se formaban las primeras nubes. ¡Es ridículo! Nunca he visto que una tormenta se forme con esa fuerza, intensidad y tamaño en tan poco tiempo. La experiencia me decía que tenía que encontrar un sitio donde resguardarme lo antes posible, así que me acerqué a lo único que podía ver, que era una colina. Empezaron a caer relámpagos ferozmente y me asusté bastante. ¡Casi se me cayeron todas las bayas! Te juro que eso era una pesadilla, ¡mucho peor que en las montañas por las que he estado! — narraba con intensidad — Al final, recordé que pegado a la colina había visto por el día una pequeña entrada donde, con algo de suerte, podría resguardarme por un tiempo. Llegué a pensar que debería de ser una de esas tormentas que, por muy violentas que sean al principio, siempre terminan yéndose a los pocos minutos. Claro que, eso

nunca pasó. Mientras esperaba a que pasase la tempestad, empecé a examinar a fondo la cueva. Estaba bastante fría, pero era ciertamente acogedora. Sabía que era peligroso salir de nuevo, pero más lo sería si no conseguía que la cueva entrase en calor, al menos un poquito. Salí corriendo de nuevo a las afueras, pasando a través de la niebla, con un frío mortal y una tensión escalofriante. Encontré unas ramas caídas de un tamaño considerable por el suelo, lo cual no me sorprendía con la increíble tempestad que estaba cayendo. Me temía lo peor, así que pensé en ir a por algunas de esas bayas. Muchas de las bayas que tenía antes se me habían caído con el sonido de los truenos de la tormenta. Tonta de mí, fui entonces a buscar más bayas, con la tormenta a mis espaldas. Menos mal que me di cuenta de que podría acabar dentro de poco como las ramas de aquellos árboles si seguía estando aquí fuera, por lo que abandoné la idea rápidamente. Fue entonces cuando escuché algo acercándose. No sabía lo que era, ni mucho menos por donde venía, por lo que me apresuré en llegar a la entrada de la cueva. Con las prisas, mi bufanda roja se quedó atrapada en las ramas de los árboles. El sonido seguía acercándose, y por miedo a que me pasase algo, tiré de mi bufanda y esta... se desgarró bastante... dejando un rastro de hilo por el suelo. Mientras corría saqué una pequeña navaja... y corté lo que pude de la bufanda. Podría haberme matado yo sola, estaba mirando a todos lados menos a la navaja. Dando ya la vuelta final, mientras bajaba por la lengua norte que daba a la entrada, pude distinguir una especie de nube blanca acompañada de un montón de sonido y nieve moviéndose. Temiéndome lo peor, pasé de lado y entré en la cueva. Allí dejé todas las ramas que llevaba en la mochila y terminé de recortar los hilos... de mi bufanda.

Toma una pequeña pausa, con un rostro de increíble decepción y lamento.

- Y... bueno... después de tener que hacer eso, y de guardarla en la mochila, saqué los palos y me fui a investigar que había sido eso. Resultaste ser tú, así que te arrastré como pude dentro y encendí tan rápido como pude la fogata para hacerte entrar en calor.

Se mantenía en silencio.

- Increíble... ¿Crees que la gente del pueblo tiene que ver algo? ¿Qué contará la leyenda? ¿Podría haber sido yo la persona que estabas escuchando antes en el bosque?... ¿Será que seguimos en él bosque? — se preguntaba Finn.
- No sé a ti, pero a mí ya se me hace raro volver a mirar el bosque como antes... Antes era todo verde, vivo y repleto de sonidos. Ahora, no soy capaz de asimilar esta realidad... Todo blanco y gris, sin sol y con niebla, frío y sin historia. Es como si pudiese ser reescrito, como si se hubieran olvidado de este sitio.

— ¿Acaso nos hemos olvidado nosotros? — pregunta preocupado Finn — No hemos hecho nada más que olvidar cosas desde que nos hemos quedado atrapados aquí...

Ambos se miran por segundos, aterrorizados de tal reflexión. Celeste siente un terrible escalofrío.

— Esto desde luego no se me va a olvidar en toda mi vida. — dijo Celeste — Solo quiero volver a casa...

— Bueno, seguimos juntos, ya es algo. — resaltó Finn con una sonrisa, cara tonta, y hombros altos — seguro salimos de aquí sanos y salvos. Esta tormenta no es rival para *nosotros*. Estando ahí fuera y... ¿Que ha hecho?, ¿romper una bufanda?... ¡Nada que temer!

— Eso espero. — responde con tristeza — Era mi bufanda... favorita.

— Solo se te ha roto una tonta bufanda roja, ¡qué más da! Seguro te ves igual de guapa con o sin ella.

Finn se apoya ligeramente contra Celeste, que mira a Finn con cierta pesadez en los ojos, con una mirada un tanto despreciativa aunque algo insegura.

— Finn, te tengo que dar las gracias por lo de antes. — miraba al frente — Pero no te hagas el gracioso conmigo. No estoy de humor para eso...

Finn mira hacia adelante, en silencio.

— ¿Sí? — pregunta Celeste con un tono serio.

— C-Claro — se reincorpora Finn.

El silencio reconquista el túnel de forma intermitente conforme Celeste hablaba.

— Solo estamos juntos en esto porque estamos aquí, en estas extraordinarias circunstancias, nada más. Ha dado la casualidad... ¿y ya te crees que te puedes aprovechar de mí? Y mucho menos te metas con mí bufanda. — se justifica Celeste.

— No, por supuesto que no... lo decía por cómo te sentías ayer. — respondía Finn.

— No, yo no soy así. Eso ha sido... por el estrés del momento. Eso era. He hecho muchas otras cosas más peligrosas que esto...

— ¿Entonces te habría ido mejor sin mí? ¿Eso es a lo que te refieres? — argumentaba Finn con un tono elevado.

— No, no... Está bien tenerte de ayuda... Solo no te pienses que por decir que nada malo va a pasar y ser cariñoso en una situación como esta me va a hacer mirarte con otros ojos. — le aclaraba Celeste.

— ¿Y qué te hace pensar eso?

— Esos gestos tan amistosos y cercanos, ese optimismo tan ciego... — respondía Celeste enfadada y a la defensiva.

- Será porque no me has dicho que tenías miedo de quedarte sola aquella noche... O será porque no te he cogido cuando bajabas por la pared. — le recordaba Finn — Pensaba que eras una gran escaladora... Ya veo lo muy experta que dices ser...
- ¡No! Yo... ¡Bueno tu casi ni lo cuentas si no fuera por mí! — gritaba al aire con estrés. — ¡Ósea que mucho me debes!
- ¡Yo por lo menos no finjo ser alguien que no soy! — grita Finn a continuación.

Celeste grita entre lagrimas

- ¡Yo por lo menos no he matado a mi madre!

Un increíble dolor afecta al corazón de Finn, que lo deja sin respiración durante unos segundos.

Finn responde al instante y de manera brusca, tirando la mochila de Celeste al suelo, lo que causa que muchas de las cosas de la mochila se vuelquen fuertemente.

- ¡Hasta aquí hemos llegado! — responde Finn.

Celeste le responde rápidamente:

- ¡Sabes qué!, ¡toma, quédalo tú!

Celeste le da una patada a la mochila que cae en dirección de Finn.

- Seguro que alguien tan real como tú sabrá utilizarlo mejor que yo, ¡idiota!
- ¡Celeste! — grita Finn.

Celeste se da la vuelta y comienza a subir el túnel de vuelta a la superficie.

- ¡Me voy! ¡Piérdete tu solito aquí abajo!
- ¡Celeste!... ¡Celeste sabes que no hay manera para subir de nuevo! — le recuerda Finn.
- ¡Pues me inventaré alguna manera! ¡Déjame! — grita conforme sube el túnel.

El silencio retomaba de nuevo el corazón del túnel. Sin embargo, el sonido de sus voces no era lo único que abandonaba la escena. La luz de las flores comenzaban a perder rápidamente su destello luminoso azul y naranja característico y la cueva se hacía más fría por momentos.

Ambos se percatan de ello, pero deciden dejarlo pasar.

Finn coje la mochila con una mano, mientras mira a Celeste subir el túnel. Sube el túnel con la linterna en la mano, a paso interrumpido, mirando de vez en cuando hacia atrás.

Las flores del suelo apenas emiten luz y los cristales de la cueva apenas la refleja.

El corazón de Finn sigue afligido y un dolor punzante en el pecho le hace soltar la mochila. Pasa su mano por su camiseta y por su rostro, que le hace recordar una vez más la pesadilla, el trauma y la depresión por el que ha pasado. Finn anda con poca fuerza, se detiene, y cae en sus rodillas.

Sus ojos comienzan a dejar escapar largos ríos de agua salada, que recorren sus mejillas de nuevo. Finn piensa en Celeste. Ve en ella un tierno recuerdo de su familia, de sus amigos y de su esperanza. Si ella no ha sido la que le ha salvado y la que le ha devuelto la esperanza, estaría mintiendo descaradamente. Ve a Celeste como una figura más perdida en estas tierras, de fuerte corazón aunque de débil exterior al mismo tiempo. No ha podido salvar a lo que más quería en su vida; no va a dejar que pierda lo que le da sentido ahora a su mundo. Ve en Celeste el reflejo de lo que lleva intentando proteger desde hace tiempo. Sus lágrimas caen desde la altura de su cabeza hasta las flores del suelo, que se encienden momentáneamente de un puro color azul.

Su sollozo retumba por el túnel, chocando con las paredes de este y expandiéndolo.

Celeste continúa subiendo el túnel. Sus piernas están cansadas, pero más lo está su corazón, que late cada vez más lento. Le cuesta articular el movimiento de su cadera y mantener la linterna con firmeza al mismo tiempo. No hace nada más que recordar el emotivo recuerdo de su familia, de la cual solo conserva una *tonta* bufanda roja.

Se subestima con cada paso que da, recordando una vez más en la inútil personalidad que intenta reflejar a modo de tapadera, oculta tras el miedo de la incertidumbre, la soledad y la falta de autoestima.

Celeste para abruptamente al darse cuenta que ha dejado caer la linterna en sus pies. Nada más intentar agacharse para cogerla, cae sobre sus rodillas y sus manos, dejándose llevar por su profunda depresión personal. Su largo lloro retumba por el túnel, en sentido contrario al de Finn, un grito de dolor sin esperanza. Celeste piensa en Finn. No debía haberlo tratado así, ni mucho menos justifica sus palabras ante la pesadilla que ha vivido, que le ha dejado una larga depresión a modo de inútil cicatriz. Ve a Finn como una figura más perdida en estas tierras. Un corazón débil y roto aunque fuerte y constante en su exterior al mismo tiempo. Enfrentada sola y sin ayuda contra un nuevo mundo totalmente desconocido que la pone a prueba constantemente de forma invisible. Si es que logra sobreponerse a las circunstancias en las que se ve sometida, terminará por derrumbarse si ninguna mano la asiste en la bajada. Encerrada en una falsa personalidad, se ha dispuesto a intentar recobrar su supuesta confianza perdida. Pero, sola y deprimida desde el comienzo no podrá alcanzar tan siquiera a ver la cima de la montaña, donde ganar su autoestima de nuevo, además de nuevos amigos durante el camino. Sus lágrimas recorren sus sonrojadas mejillas hasta caer libremente y tocar las flores, que iluminan momentáneamente otro puro color anaranjado.

Las ondas del sonido de sus sollozos, sus gritos de dolor y deseo de reconciliación recorren el túnel y pasan por ambos integrantes del dúo. Entran en un silencio impecable, a lo que responden dirigiendo la mirada hacia atrás, encontrándose con el rostro de cada uno en la lejanía, iluminados por su luz interior en bandos opuestos.

Sus suspiros y respiraciones profundas se escuchan a lo largo del túnel. Las miradas están fijas uno en el otro.

De forma sutil pero sin pausa, una matriz de flores en forma de estela comienza a iluminar el camino, continuando cada color por su lado opuesto correspondiente.

Celeste se deslumbra con un fuerte color naranja que continúa en dirección a Finn. Finn se deslumbra con un fuerte color azul que continúa en dirección a Celeste. Ambos comienzan a gatear ligeramente, espectadores de como las luces continúan el paso conforme avanzan el suyo. Celeste se pone en pie con cuidado, seguido de Finn. Andan muy despacio, siguiendo la banda de flores de colores que ilumina el camino. Conforme caminan, pueden empezar a entenderse uno al otro. Una fuerte telequinesis parece conectar a los dos jóvenes por el momento, que a través de sus emociones dejan escapar infinitud de pensamientos, deseos y preocupaciones. Uno se disculpa con el otro. Otro le explica lo que piensa. Otro confiesa lo que siente. Ninguna palabra es compartida, ya que el enlace de amistad es tan potente como para no requerir de palabra alguna para expresar todas sus disculpas.

Llegan al punto convergente. Las flores de color azul y naranja se mezclan en un círculo alrededor del dúo. Ambos comparten miradas y emociones crudas e inmediatas. Sus ojos brillan uno en el del otro. Se acercan muy lentamente, a la velocidad con la que las flores del círculo aumentan la intensidad de su destello. Ambas mejillas relucen en la oscuridad del túnel y las lágrimas de sus caras riegan las flores del círculo. Una breve pausa para una gran bocanada de aire frío.

— Perdóname... — dice Celeste.

— ...Lo siento... — dice Finn.

Ambos se miran de nuevo. Sus corazones no pueden aguantarlo más, y rompen a llorar de nuevo. El dúo se envuelve en un gran, puro y longevo abrazo. El enlace de amistad es tal que hace que las flores brillen como nunca antes en la historia de estas tierras perdidas. El túnel se envuelve en gradientes de celeste y naranja, reflejados por los cristales de las paredes. El resto del camino de flores se enciende con una increíble ferocidad y los cristales reflejan un puro y perfecto color blanco entre ambos.

El túnel retumba, lo que despierta al dúo de tan longevo abrazo. Un sonido de piedra moviéndose acompañado posteriormente de una sutil luz parecen emerger del final del túnel. La pareja miran impresionados y exaltados, aun con lágrimas en los ojos, a la luz proveniente del final del túnel.

Sin embargo, la paz no duraría mucho.

El camino de flores que encendía aquella salida tan esperada tenía una contrapartida por el lado opuesto, que llevaba una vez más al principio del túnel, donde la gran piedra que bloqueaba con anterioridad la subida cae.

Un gran golpe se escucha y se extiende por el túnel. Ambos se quedan perplejos ante la gran masa de roca que se les avecina a continuación. La gran roca, que ocupa prácticamente todo el espacio del túnel, comienza a descender. La pareja está perpleja en el sitio, pero poco a poco pueden notar como la gran masa de roca que viene en su dirección consume poco a poco la luz emitida por las flores de colores, creando a su paso una red de oscuridad.

La respuesta es inmediata, y ambos comienzan a correr a paso ligero, rápidamente pasando a una larga carrera. La gran roca consume poco a poco la diferencia entre la vida y la muerte del dúo. Clo más rápido que puede cada uno. El dolor de Celeste no parece cesar y el pecho de Finn parece palpitir sin cesar. La luz de la salida del túnel cada vez es más aparente y un sonido que recuerda a una cascada de agua se hace más presente conforme van acercándose. Celeste tropieza con una piedra del camino, lo que hace que se tambalee y caiga en el suelo. Finn agarra de la mano a Celeste y tira de ella con todas sus fuerzas mientras intenta conservar el momento lineal horizontal. El final del túnel está a escasos metros de distancia, al igual que la distancia de ellos y la roca. Por un momento, la distancia entre ellos, la puerta y la roca son equivalentes. Finn sin apenas fuerza comienza aminorar el paso, sufriendo cada centímetro de distancia que pierde con la disminución de su velocidad. Celeste es consciente de ello y agarra fuertemente la mano de Finn. Finn mira a su izquierda, con la boca abierta y un sentimiento de asombro, al ver a Celeste ejecutar un esprint hacia el final del túnel, colocándolo en segunda posición y por ello, tirando de él con toda sus fuerzas. Un último paso obliga a ambos saltar a la realidad desconocida al otro lado de la salida, que se esconde tras una cortina de luz amarillenta translúcida.

Celeste y Finn, agarrados de la mano, saltan por la puerta del túnel, esquivando por centímetros la gran roca, que impacta sobre la puerta del túnel.

Ambos caen sobre una gran cantidad de hojas, lianas y musgo verde, que amortiguan parcialmente la caída.

Sus corazones están al tope, pero se calman con la brisa del viento que recorren sus pelos. El calor de ambas manos unidas reactivan sus capacidades táctiles, distinguiendo el lugar en donde habían caído. Poco a poco, afinan su audición, siendo capaces de escuchar una gran cantidad de agua en movimiento, así como una cascada activa en el fondo. El olfato se acopla al conjunto, dejando percibir un refrescante olor a agua pura, a plantas verdes y vivas, y a pan recién hecho.

La pareja levanta la cabeza para ser deslumbrados ante un increíble encuentro. Un sueño reciente hecho realidad. Un nuevo objetivo en su larga aventura. Rodeado de vegetación, musgo, agua, flores y luz; se encontraba, entre la maleza y pequeños árboles, una gran fortaleza custodiada por un pequeño pueblo en su interior, y una gran mazmorra al fondo.

Una peculiar silueta, con sombrero de paja e indumentaria granjera, aparece próxima a la pareja, que siguen cogidos de la mano.

La peculiar figura les observa fijamente, sin mostrar ninguna emoción, movimiento u rostro reconocible. Ambos examinan perplejos la escena, asombrados ante lo que acababan de ver y aterrorizados ante la respuesta de aquella figura.

Una mano sale de la oscuridad creada por el sombrero de paja de aquella persona. El extraño se deja ver inofensivo y de su boca salen unas confusas pero precisas palabras para la pareja:

— *¡Hola! Bienvenidos a las profundidades.*

